

EL DESDEN CON EL DESDEN.

DE DON AGUSTIN MORETO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

<i>Cárlos , Conde de Urgel.</i>	⊖	<i>Diana , Princesa.</i>	⊖	<i>El Conde de Barcelona.</i>
<i>El Príncipe de Bearne.</i>	⊖	<i>Cintia , Dama.</i>	⊖	<i>Polilla , Gracioso.</i>
<i>D. Gaston , Conde de Fox.</i>	⊖	<i>Laura , Dama.</i>	⊖	<i>Damas. Músicos.</i>



ACTO PRIMERO.



Salen Carlos y Polilla.

Carl. YO he de perder el sentido con tan extraña muger.

Pol. Dame tu pena á entender, señor, por recien venido: cuando te hallo en Barcelona lleno de aplauso y honor, donde tu heroico valor todo su pueblo pregona: cuando sobra á tus victorias ser, Cárlos, Conde de Urgel, y en el mundo no hay papel donde se escriban tus glorias; qué causa ha podido haber de que estés tan mal guisado, que por mas que la he pensado, no la puedo comprender?

Carl. Polilla, mi desazon tiene mas naturaleza; este pesar no es tristeza, sino desesperacion.

Pol. Desesperacion? Señor, que te enfrenes te aconsejo, que tiras algo á bermejo.

Carl. No burles de mi dolor.

Pol. Yo burlar? esto es templarte; mas tu desesperacion, qué tanta es á esta sazón?

Carl. La mayor. **Pol.** Cosa de ahorcarte? que sino, poco te ahoga.

Carl. No te burles, que me enfado.

Pol. Pues si estás desesperado, hago mal en darte sogá?

Carl. Si dejaras tu locura, mi mal te comunicara, porque la agudeza rara de tu ingenio me asegura, que algun medio discurriera, como otras veces me has dado, con que alivie mi cuidado.

Pol. Pues, señor, Polilla fuera: desembucha tu pasion, y no tenga tu cuidado, teniéndola en tu cuidado, Polilla en el corazon.

Carl. Ya sabes que á Barcelona, del ocio de mis Estados, me trageron los cuidados de la fama, que pregona de Diana la hermosura, de esta Corona heredera, en quien la dicha que espera tanto Príncipe procura, compitiendo en un deseo gata, brio y discrecion.

Pol. Ya sé que sin pretension veaiste á este galanteo, por lucir la bizarría de tus heroicos blasones, y que en todas las acciones siempre te has llevado el día.

Carl. Pues oye mi sentimiento.

Pol. Ello estás enamorado?

Carl. Sí estov.

Pol. Gran susto me has dado.

Carl. Pues escucha. **Pol.** Va de cuento.

NA 1090622
NEA 1611034

Carl. Ya sabes como en Urgel
 tuve, antes de mi partida,
 del amor del de Bearne
 y el de Fox larga noticia.
 De Diana pretendientes,
 dieron con sus bizarrías
 voz á la fama, y a ombro
 á todas estas provincias.
 El ver de amor tan rendidos,
 como la fama publica,
 dos Príncipes tan bizarros,
 que aun los ataba la envidia,
 me llevó á ver si esto en ellos
 era por galantería,
 gusto, opinion ó violencia
 de su hermosura divina.
 Entré pues en Barcelona,
 víla en su Palacio un día,
 sin susto del corazón
 ni admiracion de la vista,
 una hermosura modesta,
 con muchas señas de tibias
 mas sin defecto comun
 ni perfeccion peregrina
 de aquellas en quien el juicio,
 cuando las vemos queridas,
 por la admiracion apela
 al no sé qué, ó á la dicha.
 La ocasion de verme entre ellos,
 cuando al valor desafián
 en públicas competencias,
 con que el favor solicitan,
 ya que no pudo á mi amor,
 empeñó mi bizarría
 ya en fiestas, y ya en torneos,
 y otras empresas debidas
 al culto de la deidad,
 á cuya soberanía,
 sin el empeño de amor,
 la obligacion sacrifica.
 Tuve en todas tal fortuna,
 que dejando deslucidas
 sus acciones, salí siempre
 coronado con las mias.
 Y el vulgo, con el suceso
 la corona merecida
 por la suerte dió á mi frente
 por mérito, siendo dicha,
 que cualquiera de los dos
 que en ella me competia,
 la mereció mas que yo;
 pero para conseguirla
 tuve yo el faltar mi amor,
 y no tener la codicia,
 con que ellos la deseaban,
 con que por fuerza fue mias

que en los casos de la suerte,
 por tema de su malicia,
 se van siempre las venturas
 á quien no las solicita.
 Siendo pues mis alabanzas
 de todos tan repetidas,
 solo en Diana hallé siempre
 una entereza, tan bñla
 de su esquivá condicion,
 que, siendo mis bizarrías
 dedicadas á su aplauso,
 nunca me dejó noticia,
 ya que no de favorable,
 siquiera de agradecida.
 Y esto con tanta esquivéz,
 que en todos dejó la misma
 admiracion, que en mis ojos,
 pues la extraña demasia
 de su entereza, pasaba
 del decoro la medida,
 y excediendo de recato,
 tocaba ya en grosería,
 que á las damas de tal nombre
 puso el respeto dos líneas:
 una es la desatencion,
 y otra el favor; mas la avisa,
 que ponga entre ellas la planta
 tan ajustada y medida,
 que en una ni en otra toque;
 porque si de agradecida
 adelanta mucho el pie,
 la raya del favor pisa,
 es ligereza; y si entera
 mucho la planta retira,
 por no tocar el favor,
 pisa la descortesía.
 Este error hallé en Diana,
 que empuñó mi bizarría
 á moverla, por lo menos,
 á atencion, si no á caricia;
 y este deseo en las fiestas
 me obligaba á repetir las,
 á buscar nuevos empeños
 al valor y á la osadía.
 Mas nunca pude sacar
 de su condicion esquivá
 mas, que mas causa á la queja,
 y mas culpa á la malicia.
 De esto nació el inquirir
 si ella conmigo tenia
 alguna aversion ó queja
 mal fundada ó presumida,
 y averigné, que Diana,
 del discurso las primicias,
 con las luces de su ingenio,
 las dió á la filosofía.

De este estudio, y la lección de las fábulas antiguas, resultó un común desprecio de los hombres, unas iras contra el orden natural del amor, con quien fabrica el mundo á su duración alcázares en que viva: tan estable en su opinión, que da por sentencia fija el querer bien por pasión de las mugeres indignas; tanto, que siendo heredera de esta Corona, y precisa la obligación de casarse, la renuncia y desestima, por no ver, que haya quien triunfe de su condición altiva.

A su cuarto hace la selva de Diana, y son las Ninfas sus Damas, y en este estudio las emplea todo el día. Solo adornan sus paredes de las Ninfas fugitivas, pinturas que persuaden al desden; allí se mira á Dafne huyendo de Apolo; Anaxarte convertida en piedra, por no querer; Aretusa en fuentecilla, que al tierno llanto de Alfeo paga en lágrimas esquivas. Y viendo el Conde su padre, que en este error se confirma cada día con mas fuerza, que la razón no la obliga, que sus ruegos no la ablandan, y con tal furia se irrita en hablándola de amor, que teme que la escamina á un furor desesperado, que el medio mas blando elija. la aconseja su prudencia, y á los Príncipes convida, para que haciendo por ella fiestas y galanterías, sin la persuasión ni el ruego, la naturaleza misma sea quien lidie con ella, por si teniendo á la vista aplausos y rendimientos, ansias, lisonjas, caricias, su propio interés la vence, ó la obligación la inclina, pues en quien la razón no labra, endurece la porfía

del persuadir; y no hay cosa como dejar á quien lidia con su misma sinrazon, pues si ella misma le guía al error, en dando en él, es fuerza quedar vencida; porque no hay con el que á obscuras por un mal paso camina, para que vea su engaño, mejor luz que la caída. Habiendo ya averiguado, que esto en su opinión esquiva era desprecio común, y no repugnancia mia, claro está, que yo debiera sosegarme en mi porfía; y considerando bien opinión tan exquisita, primero que á sentimiento, pudiera moverme á risa. Pues para que se conozca la vileza mas indigna de nuestra naturaleza, aquella hermosura mi ma, que yo antes libre miraba con tantas partes de tibia, cuando la vi desdeñosa, por lo imposible á la vista, la que miraba común, me pareció peregrina. Oh bajeza del deseo! que aunque sea á la codicia de mas precio lo que alcanza, que lo que se le retira, solo por la privación de mas valor lo imagina, y da el precio á lo difícil, que su mesmo ser le quita. Cada vez que la miraba, mas bella me parecia, yendo creciendo en mí picho este fuego tan aprisa, que aborto de ver la llama, á ver la causa volvía, y hallaba que aquella nieve de su desden muda y tibia, producía en mí este incendio: qué ejemplo para el que olvida! Seguro pienso que está el que en la ceniza fria tiene ya su amor difunto: qué engañado lo imagina! Si amor se enciende de nieve, quién se fia en la ceniza? Corrido yo de mis ansias, preguntaba á mis fatigas:

traidor corazón, qué es esto?
 qué es esto, alave? caricias?
 La que neutral no es agrada,
 os parece bien esquiva?
 La que vista no os suspende,
 cuanto es ingrata os admira?
 Qué la añade á la hermosura
 el rigor que la ilumina?
 Con el desden es hermosa
 la que sin desden fue tibia?
 El desprecio no es injuria?
 la que desprecia no irrita?
 Pues la que no pudo afable,
 por qué os arrastra enemiga?
 La crueldad á la hermosura
 el ser de desidad la quita;
 pues qué, para mí la ensalza,
 lo que para sí la humilla?
 Lo tirano se aborrece,
 pues á mí cómo me obliga?
 Qué es esto, amor? es acaso
 hermosa la tiranía?
 No es posible, no, esto es falso:
 no es este amor, ni hay quien diga,
 que arrastrar pudo inhumana
 la que no movió divina.
 Pues qué es esto? esto no es fuego?
 sí, que mi ardor lo acredita;
 no, que el yelo no lo causa;
 sí, que el pecho lo publica.
 No puede ser, no es posible,
 no, que á la razon implica;
 pues qué será? esto es deseo:
 de qué? de mi muerte misma.
 Yo mi mal querer no puedo:
 pues qué será? una codicia
 de aquello que se me aparta;
 no, porque no lo querria
 el corazón: esto es tema?
 no, pues, alma, qué imaginas?
 bajeza es del pensamiento;
 no es sino soberanía
 de nuestra naturaleza,
 cuya condicion activa
 todo lo quiere rendir,
 como superior se mira;
 y habiendo visto, que hay pecho
 que á su balago no se rinda,
 el dolor de este desden
 le abrasa y le martiriza,
 y produce un sentimiento,
 con que á desear le obliga:
 vencer aquel imposible;
 y ardiendo en esta fátiga,
 como hay parte de deseo,
 y este desden lastima,

parece efecto de amor,
 porque aperece y aspira,
 y no es sino sentimiento,
 equivocado en caricia.
 Esto la razon discurre:
 mas la voluntad indigna,
 toda la razon me arrastra,
 y todo el valor me quita.
 Sea amor ó sentimiento,
 nieve, ardor, llama ó ceniza,
 yo me abraso, yo me rindo
 á esta furia vengativa
 de amor, contra la quietud
 de mi libertad tranquila,
 y sin esperanza alguna
 de sosiego en mis fatigas,
 yo padrezco en mi silencio,
 yo mismo soy de las iras
 de mi dolor alimento,
 mi pena se hace á sí misma;
 porque mas que mi deseo,
 es rayo que me fulmina:
 aunque es tan digna la causa
 el ser la razon indigna,
 pues mi ciega voluntad
 se lleva, y se precipita
 del rigor, de la crueldad,
 del desden, la tiranía,
 y muero, mas que de amor,
 de ver que á tanta desdicha,
 quien no pudo como hermosa,
 me arrastrase como esquiva.

Pol. Atento, señor, he estado,
 y el suceso no me admiras;
 porque eso, señor, no es cosa
 que sucede cada dia.

Mira, siendo yo muchacho,
 habia en mi casa vendimia,
 y por el suelo las uvas
 nunca me daban codicia.
 Pasó este tiempo, y despues
 colgaren en la cocina
 las uvas para el invierno:
 y yo viéndolas arriba,
 rabiaba por comer de ellas
 tanto, que trepando un dia
 por alcanzarias, caí
 y me quebré una costilla:
 este es el caso, él por él.

Carl. No el ser natural me alivia,
 si es injusto el natural.

Pol. Dime, señor, ella mira
 con mas cariño á otro?

Carl. No.

Pol. Y ellos no la solantan?

Carl. Todos vencerla pretenden.

Pol. Pues á que cae mas aprisa

apostaré. *Carl.* Por qué causa?

Pol. Solo porque es tan esquiva.

Carl. Cómo ha de ser? *Pol.* Verbi gracia:

viste una breva en la cima
de una higuera, y los muchachos,
que en alcanzaria porfian,
piedras la tiran á pares,
y aunque á algunas se resista,
al cabo de aporreada,
con las piedras que la tiran,
viene á caer mas madura?
pues lo mismo aquí imagina:
ella está tiesa y muy alta,
tú tus pedradas la tiras,
los otros tiran las suyas:
luego, por mas que resista,
ha de venir á caer,
de una y otra á la porfía,
mas madura que una breva;
mas cuidado á la caída,
que el cogerla es lo que importa,
que ella caerá, como hay viñas.

Carl. El Conde su padre viene.

Pol. Acompañado se mira
del de Fox y el de Bearne.

Carl. Ninguno tiene noticia
del incendio de mi pecho,
porque mi silencio abriga
el áspid de mi dolor.

Pol. Esa es mayor valentía:
caillar tu pasión mucho es,
vive Dios: por qué imaginas
que llaman ciego á quien ama?

Carl. Porque sus yerros no mira.

Pol. No tal. *Carl.* Pues por qué está ciego?

Pol. Porque el que ama, al ciego imita.

Carl. En qué? *Pol.* En cantar la pasión
por ailes y por esquinas.

*Salen el Conde de Barcelona, el Príncipe
de Bearne, y Don Gaston Conde de Fox.*

Cond. Príncipes, vuestro justo sentimiento,
mirado bien, no es vuestro sino mio,
ningun remedio intento,
que no le venza el ciego desvario
de Diana, en quien hallo
cada vez menos de enmendallo;
ni del poder de padre á usar me atrevo,
ni del de la razon, porque se irrita
tanto, cuando de amor á hablarla pruebo,
que á mas daño el furor la precipita:
ella, en fin, por no amar ni sujetarse,
quiere morir primero que casarse.

Gast. Esa, señor, es opinion aguda
de su discurso á los estudios dado,
que el tiempo solo, ó la razon lo muda,
y sin razon estás desesperado.

Cond. Conde de Fox, aunque verdad es esa,
no me atrevo á empeñaros en la empresa,
de que asistais en vano á su hermosura,
faltando en vuestro estado á su asistencia.

Bearne. Señor, con tu licencia,
el que es capricho injusto nunca dura;
y aunque el vencerle es muy dificultoso,
yo estoy perdiendo tiempo mas airoso,
ya que á este intento de Bearne vine,
que dejando la empresa mi constancia,
porque es mayor desaire, que imagine
nadie, que la dejé por inconstancia,
ni ese crédito es de su hermosura,
ni del honesto amor que la procura.

Carl. El Príncipe, señor, ha respondido
como galan, bizarro y caballero,
que aun en mí, que he venido
sin ese empeño, solo aventurero,
á festejar, no haciendo competencia,
dejar de proseguir fuera indecencia.

Cond. Príncipes, lo que siento es, empeñaros
en porfía, cuando halla la porfía
de mayor resistencia indicios claros:
si la gala, el valor, la bizarría
no la mueve ni inclina, con qué intento,
vencer imagináis su entendimiento?

Pol. Señor, un necio á veces halla un medio
que aprueba la razon; si dáis licencia,
yo me atreveré á daros un remedio,
conque (aunque ella aborrezca su presencia)
se le vayan los ojos hechos frentes,
tras cualquiera galan de los presentes.

Cond. Pues qué medio imagináis?

Pol. Como mio:

Hacer justas, torneos á una ingrata,
es poner ohas á quien tiene hastio;
el medio es, que rendirla no dilata,
poner en una torre á la Princesa,
sin comer cuatro dias ni ver mesar
y luego han de pasar estos galanes
delante de ella, evudando á escote,
el uno con seis pallas y dos panes,
el otro con un plato de gijote;
y á mí me lleve el diablo, si lo viere,
si tras ellos corriendo no saliere.

Carl. Cállate, loco, bufon. *Pol.* Esto es locura?
egecútese el medio, y á la prueba;
sitién luego por hambre su hermosura,
y verán si los ojos no la lleva
quien sacare un vestido de camino,
guarnecido de lojas de tocino.

Bearne. Señor, sola una cosa por mí pido,
que Don Gaston tambien ha de quererla:
nunca hablar á Diana hemos podido,
dadnos licencia tú de hablar con ella,
que el trato y la razon puede mudarla.

El Desden on el Desden

Con. Aunque la ha de negar, he de intentarla: pensad vosotros medios y ocasiones de mover su entereza, que á escucharos yo la sabré obligar con mis razones, que es cuanto puedo hacer para ayudaros á la empresa tan justa y deseada, de ver mi sucesion asegurada. *Vas.*

Bearn. Conde, crédito es de la nobleza de nuestra heroica sangre la porfía, de rendir el desden de su belleza: juntos la hemos de hablar.

Carl. Yo compañía al empeño os haré, mas no al deseo, porque yo sin amor sigo el empleo.

Gast. Pues ya que vos no estais enamorado, qué medios seguiremos de obligarla? que esto lo ve mejor el descuidado.

Carl. Yo un medio sé, que mi silencio calla, porque otro empeño es, que al proponerle, cualquier de los dos ha de quererle.

Bearn. Decís bien.

Gast. Pues, *Bearn*, vamos luego á imaginar festejos y finezas.

Bearn. A introducir en su desden el fuego.

Gas. Ríndanse á nuestro incendio sus tibiezas.

Carl. Yo á eso asistiré.

Bearn. Pues á esta gloria. *Vase con D. Gast.*

Carl. Y que del mas feliz sea la victoria.

Pol. Pues qué es esto, señor, por qué has tu amor? (negado)

Carl. He de seguir otro camino de vencer su desden tan desusado: ven, y yo te diré lo que imagino; que tú me has de ayudar.

Pol. Eso no hay duda.

Carl. Allí has de entrar.

Pol. Seré *Simon* y ayuda.

Carl. Sabráste introducir?

Pol. Y hacer pesquisas.

Yo *Polilla* no soy? eso me previenes? me sabré introducir en sus camisas.

Carl. Pues ya á mi amor le doy los parabienes.

Pol. Vamos que si eso importa á las marañas, yo sabré polillarla las entreñas. *Vanse.*

Salen Diana, Cintia, Laura, Damas, y música.

Músic. Huyendo la hermosa *Dafne*, burla de *Apolo* la fe, sin duda la sigue un rayo, pues la defiende un laurel.

Diana. Qué bien que suena en mi oído aquel honesto desden! qué hay muger que quiera bien? qué haya pecho agradecido!

Cint. Qué por error su agudeza quiera el amor condenar!

y si lo es, quiera enmendar lo que erró naturaleza!

Diana. Ese romance cantad, proseguid, que el que lo hizo bien conoció el falso hechizo de esa tirana deidad.

Músic. Poca ó ninguna distancia hoy de amar á agradecer, no agradezca la que quiere la victoria del desden.

Diana. Qué bien dice! Amor es niño, y no hay agradecimiento, que al primer paso aunque lento, no tropiece en su cariño.

Agradecer, es pagar con un decente favor; luego quien paga el amor ya estima el verse adorar: pues si estima agradecida ser amada una muger, qué falta para querer á quien quiere ser querida?

Cintia. El agradecer, *Diana*, es deuda noble y cortés, la que agradecida es, no se infiere que es liviana: que agradece la razon siempre en nosotras se infiere, la voluntad es quien quiere, distintas las causas son: luego si hay diversidad en la causa y el intento, bien puede el entendimiento obrar sin la voluntad.

Diana. Que haber puede estimacion sin amor, es la verdad; porque amar es voluntad, y agradecer es razon.

No digo que ha de querer por fuerza la que agradece: pero, *Cintia*, me parece, que está cerca de caer. Y quien de esto se asegura, no teme, ó no ve el engaño; porque no recela el daño quien al riesgo se aventura.

Cintia. El ser desagradecida es delito de cortés.

Diana. Pero el agradecer, es peligro de la caída.

Cintia. Yo el delito no permito.

Diana. Ni yo un riesgo tan extraño.

Cintia. Pues por excusar un daño, es bien hacer un delito?

Diana. Sí, siendo tan contingente el riesgo. *Cintia.* Pues no es menor,

si es contingente este error,
que esté el delito presente?

Diana. No, que es mas culpa el amar,
que falta el no agradecer.

Cintia. No es mejor si puede ser,
el no querer y estinar?

Diana. No, porque á querer se ha de ir.

Cintia. Pues no puede allí parar?

Diana. Quien no resiste á empezar,
no resiste á proseguir.

Cintia. Pues el ser agradecida
no es mejor, si esto es ganancia,
y gastar e a constancia
en resistir la caída?

Diana. No, que eso es introducirle
al amor; y al desecharle,
no basta para arrojarle
lo que puede resistirle.

Cintia. Pues cuando eso haya de ser,
mas que á la atencion faltar,
me quiero yo aventurar
al peligro de querer.

Diana. Qué es querer? tú hablas así?
ó atrevida, ó sin cuidado,
sin duda te has olvidado,
que estás delante de mí.
Querer se ha de imaginar
en mi presencia? querer?
mas eso no puede ser:

Laura. volved á cantar.

Músico. No se fie en las caricias
de amor, quien niño le ve,
que con presencia de niño
tiene decretos de Rey.

Sale Polilla de médico gracioso.

Pol. Plegue al cielo que dé fuego
mi entrada. *Dian.* Quién entra aquí?

Pol. Ego. *Dian.* Quién? *Pol.* Mihi vel mi:
Scholasticus sum ego,
pauper et enamoratus.

Diana. Vos enamorado estais?
pues cómo entrar aquí osais?

Pol. No señora, escarmentatus.

Diana. Qué os escarmentó?

Pol. Amor ruin,
y escarmentado en su error,
me hecho médico de amor,
por ir de ruin á rocin.

Diana. De dónde sois?

Pol. De un lugar.

Diana. Fuerza es. *Pol.* No he dicho poco,
que en latin lugar es loco.

Diana. Ya os entiendo. *Pol.* Pues andar.

Diana. Y á qué entráis? *Pol.* La fama oí
de vos, con admiracion
de tan rara condicion.

Diana. Dónde supisteis de mí?

Pol. En Acapulco. *Dian.* Dónde es?

Pol. Media legua de Tortosa:
y mi sedicia ambiciosa
de saber curar despues
del mal de amor sarna insana,
me trajo á veros, por Dios
por solo aprender de vos;
partíme luego á la Habana,
por venir á Barcelona,
y tomé postas allí.

Diana. Postas en la Habana? *Pol.* Sí,
y me apeé en Tarragona,
de donde vengo hasta aqui,
como hace fuerte el verano,
á pie á pedirlos la mano.

Diana. Y qué os parece de mí?

Pol. Eso es fuerza que me aturda:
no tiene amor mejor flecha,
que vuestra mano derecha;
sino es que saqueis la zurda.

Diana. Buen humor tenéis. *Pol.* Así:
gusta mi conversacion?

Diana. Sí. *Pol.* Pues con una racion
os podeis hartar de mí.

Diana. Yo os la doy.

Pol. Beso (qué error!)
beso dije? ya no beso.

Diana. Pues por qué?

Pol. El beso es queso
de los ratones de amor,

Diana. Yo os admito. *Pol.* Dios delante,
mas sea con plaza de honor.

Diana. No sois médico? *Pol.* Hablador,
y así seré practicante.

Diana. Y del mal de amor, que mata,
cómo curais? *Pol.* Al que es franco,
curo con ungüento blanco.

Diana. Y sana? *Pol.* Sí, porque es plata.

Diana. Es así mal con él?

Pol. Su nombre

me mata. LlámJ el amor
Averroes, hernia, un humor
que hila las tripas á un hombre:
amor, señora, es congoja,
traicion, tiranía villana,
y sólo el tiempo le sana,
suplicaciones y aloja.
Amor es quita razon,
quita sueño, quita bien,
quita pelillos tambien,
que hará calvo á un moillon,
y las que él obliga á amar,
todas acaban en quita,
Francisquita, Mariquita,
por ser todas al quitar.

Diana. Lo que yo había menester para mi divertimiento rengo en vos. *Pol.* Con este intento vine yo desde Añover.

Diana. Añover? *Pol.* El me crió, que en este lugar extraño se ven melones cada año, y así Añover se llamó.

Diana. Cómo os llamais? *Pol.* Caniquí.

Diana. Caniquí? A vuestra venida estoy muy agradecida.

Pol. Para las dueñas nací.

Ya yo tengo introducion: *ap.*
así en el mundo sucede,
lo que un Príncipe no puede,
yo he logrado por bufon:
si ahora no llago á rendilla
Carlos, sin maña se viene,
pues ya introducida tiene
en su pecho la polilla.

Laura. Con los Príncipes tu padre viene, señora, acá dentro.

Diana. Con los Príncipes? qué dices? qué intenta mi padre, cielos! si es repetir la porfía de que me case, primero rendiré el cuello á un cuchillo.

Cintia. Hay tal aborrecimiento de los hombres! Es posible, Laura, que el brio, el aliento del de Urgel no la arrebate!

Laura. Que es hermafrodita pienso.

Cintia. A mí me lleva los ojos.

Laura. Y á mí el Caniquí, en secreto me ha llevado las narices, que me agrada para liezo.

Sale el Conde con los tres Príncipes.

Conde. Príncipes, entrad conmigo.

Carl. Sin alma á sus ojos vengo: *ap.*
no sé si tendré valor para fingir lo que intento: siempre la hallo mas hermosa.

Diana. Cielos, qué puede ser esto? *ap.*

Conde. Hija: Diana? *Diana.* Señor?

Conde. Yo, que á tu decoro atiendo, y á la deuda en que me ponen los condes con sus festejos, habiendo de ellos sabido, que del retiro que has hecho de su vista estan quejosos....

Diana. Señor, que me des, te ruego, licencia antes que prosigas, ni tu palabra haga empeño de cosa que te esté mal, de prevenirte mi intento. Lo primero es, que contigo

ni voluntad tener puedo ni la tengo, porque solo mi albedrío es tu precepto. Lo segundo es, que el casarme, señor, ha de ser lo mesmo, que dar la garganta á un lazo, y el corazón á un veneno. Casarme y morir, es uno; mas tu obediencia es primero que mi vida: esto sentado, venga ahora tu decreto.

Conde. Hija, mal has presumido, que yo casarte no intento, sino dar satisfaccion á los Príncipes, que han hecho tantos festejos por ti: y el mayor de todos ellos, es pedirte por esposa, siendo tan digno su aliento, ya que no de tus favores, de mis agradecimientos. Y no habiendo de otorgarlo, debe atender mi respeto á que ninguno se vaya sospechando que es desprecio, sino adersion que tu gusto tiene con el casamiento.

Y también, que esto no es resistencia á mi precepto, cuando yo no te lo mando, porque el amor que te tengo me obliga á seguir tu gusto; y pues tú en seguir tu intento ni á mí me desobedeces, ni los desprecias á ellos, dales la razon que tiene para esta opinion tu pecho, que esto importa á tu decoro, y acredita mi respeto. *Vase.*

Diana. Si eso pretendéis no mas, oid que dárosla quiero.

Gaston. Solo á este intento venimos.

Bearn. Y no extrañéis el deseo, que mas extraña es en vos la adersion al casamiento.

Carl. Yo, aunque á saberlo he venido, solo ha sido con pretexto, sin extrañar la opinion, de saber el fundamento.

Diana. Pues oid, que ya le digo.

Pol. Vive Dios, que es raro empeño: si hallará razon bastante? *ap.*
porque será bravo cuento dar razon para ser loco.

Diana. Desde que al albor primero con que amaneció el discurso,

la luz de mi entendimiento
y el día de la razón,
fue de mi vida el empleo
el estudio y la lección
de la historia, en quien da el tiempo
escarmiento á los futuros
con los pasados ejemplos.
Cuántas ruinas y destrozos,
tragedias y descontentos
han sucedido en el mundo
entre ilustres y plebeyos,
todos nacieron de amor.
Cuanto los sabios supieron,
cuanto á la filosofía
moral liquidó el ingenio,
gastaron en prevenir
á los siglos venideros
el ciego error, la violencia,
el loco, el tirano imperio
de esa mentida deidad,
que se introduce en los pechos
con dulce voz de cariño,
siendo un volcan allá dentro.
Qué amante jamás al mundo
dió á entender de sus efectos,
sino lástimas, desdichas,
lágrimas, ansias, lamentos,
suspiros, quejas, sollozos,
sonando con triste estruendo,
para lastimar las quejas,
para escarmentar los ecos?
Si alguno correspondido
se vió, paró en un despeño;
que al que no, su tiranía
le puso el poder del cielo;
pues si quien se casa va
á amar por deuda y empeño,
cómo se puede casar
quien sabe de amor el riesgo?
pues casarse sin amor
es dar causa sin efecto,
cómo puede ser esclava
quien no se ha rendido al dueño?
Puede hallar un corazón
mas indigno cautiverio,
que rendirle su albedrío
quien no manda su deseo?
El obedecerle es deuda;
pues cómo vivirá un pecho
con una obediencia fuera,
y una resistencia dentro?
Con amor ó sin amor,
yo en fin casarme no puedo:
con amor, porque es peligro;
sin amor, porque no quiero.

Bearne. Dándome los dos licencia,

responderé á lo propuesto.

Gast. Por mi parte yo os la doy.

Carl. Yo que responder no tengo,
pues la opinión que yo sigo,
favorece aquel intento.

Bearne. La mayor guerra, señora,
que hace el engaño al ingenio,
es estar siempre vestido
de aparentes argumentos.

Dejando las consecuencias
que tiene amor contra ellos
(que en un discurso-engañado
suelen ser de menosprecio)

la experiencia es la razón
mayor que hay para venceros,
porque ella sola concluye
con la prueba del efecto.

Si vos os negais al trato,
siempre estareis en el yerro;
porque no cabe experiencia
donde se excusa el empeño.

Vos vais contra la razón
natural, y el propio fuero
de nuestra naturaleza
pervertís con el ingenio.

No negueis vos el oído
á las verdades del fuego:
porque si es razón no amar,
contra la razón no hay riesgo;
y sino es razón, es fuerza
que os ha de vencer el tiempo,
y entonces será victoria
publicar el vencimiento.

Vos defendeis el desden,
todos vencerle queremos:
vos decís, que esto es razón,
permitios al festejo.

Haced escuela el desden,
donde, en nuestro galanteo,
los intentos de obligaros
han de ser los argumentos.
Veamos quien tiene razón,
porque ha de ser nuestro empeño
inclinaros al cariño,
ó quedar vencidos ellos.

Diana. Pues para que conozcais,
que la opinión que yo llevo,
es hija del desengaño,
y del error vuestro intento,
festejad, imaginad
cuantos caminos y medios
de obligar una hermosura
tiene amor, halla el ingenio,
que desde aquí me permito
sin lisonjas y festejos
con el oído y los ojos,

solo para convenceros
de que no puedo querer,
y que el desden que yo tengo,
sin fomentarle el discurso,
es natural en mi pecho.

Gast. Pues si argumento ha de ser
desde hoy nuestro galanteo,
todos vamos á argüir
contra el desden y el despayo.
Principes, de la razon
y de amor es ya el empeño;
cada uno un medio elija
de seguir este argumento,
veamos, para concluir,
quien elije mejor medio.

Vase.

Bearn. Yo voy á escoger el mio:
y de vos, señora, espero,
que habeis de ser contra vos
el mas agudo argumento.

Vase.

Carl. Pues yo, señora, tambien,
por deuda de caballero,
proseguiré en festejaros,
mas será sin ese inuento.

Diana. Pues por qué?

Carl. Porque yo sigo
la opinion de vuestro ingenio;
mas aunque es vuestra opinion,
la mia es con mas extr.mo.

Dian. De qué suerte? *Carl.* Yo, señora,
no solo querer no quiero,
mas ni quiero ser querido.

Diana. Pues en ser querido hay riesgo?

Carl. No hay riesgo, pero hay delitos:
no hay riesgo, porque mi pecho
tiene tan establecido

el no amar en ningún tiempo,
que si el cielo compusiera
una hermosura de extremos,
y esta me amara, no hallara
correspondencia en mi afecto.

Hay delito, porque cuando
sé yo, que querer no puedo,
amarme y no amar, seria
faltar mi agradecimiento;
y así yo, ni ser querido,
ni querer, señora, quiero,
porque temo ser ingrato,
cuando sé yo que he de serlo.

Diana. Luego vos me festejais
sin amarme?

Carl. Eso es muy cierto.

Diana. Pues para qué? *Carl.* Por pagaros
la veneracion que os debo.

Diana. Y eso no es amor? *Carl.* Amor?
no señora; esto es respeto.

Pol. Cuerpo de Cristo, qué liño!

qué bravo boton de fuego!

Echala de ese vinagre,
y verás, para su tiempo,
qué bravo escaveche sale.

Diana. Cintia, has oido á este necio?
no es graciosa su locura?

Cint. Soberbia es. *Dian.* No será bueno
enamorar á este loco?

Cint. Sí, mas hay peligro en eso.

Diana. De qué? *Cint.* Que tú te enamores,
si no logras el empeño.

Diana. Ahora eres tú mas necia:
pues cómo puede ser eso?
no me mueven los rendidos,

y ha de arrastrarme el soberbio?

Cint. Esto, señora, es aviso.

Diana. Por eso he de hacer empeño
de rendir su vanidad.

Cint. Yo me holgaré mucho de ello.

Diana. Proseguid la bizarría,
que yo ahora os la agradezco
con mayor estimacion,
pues sin amor os la debo.

Carl. Vos agradeceis, señora?

Diana. Es porque con vos no hay riesgo.

Carl. Pues yo iré á empeñaros mas.

Diana. Y yo voy á agradecerlo.

Carl. Pues mirad que no querais,
porque cesaré en mi intento.

Diana. No me costará cuidado.

Carl. Pues siendo así yo lo acepto.

Diana. Andad: venid, Caniqui.

Carl. Qué decis? *Pol.* Soy yo ese lienzo.

Dian. Cintia, rendido has de verle.

Cint. Si será: pero yo temo,

que se te trueque la suerte,

y eso es lo que yo deseo.

Vase.

Diana. Mas oís? *Carl.* Qué me queréis?

Diana. Que si acaso os muda el tiempo:—

Carl. A qué, señora? *Diana.* A querer.

Carl. Qué he de hacer?

Diana. Sufrir desprecios.

Carl. Y si en vos hubiese amor?

Diana. Yo no querré. *Carl.* Así lo creo.

Diana. Pues qué pedís?

Carl. Por si acaso:—

Diana. Ese acaso está muy lejos.

Carl. Y si llega? *Diana.* No es posible.

Carl. Supongo. *Diana.* Yo lo prometo.

Carl. Eso pido. *Diana.* Bien está,
quede así. *Carl.* Guardaos el cielo.

Diana. Aunque me cueste un cuidado,
he de rendir á este necio.

Vase.

Pol. Señor, buena va la danza.

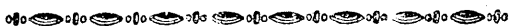
Carl. Polilla, yo estoy muriendo:
todo mi valor ha habido

menester mi fingimiento.

Pol. Señor, llévalo adelante,
y verás si no da fuego.

Carl. Eso importa. *Pol.* Ven, señor,
que ya yo estoy acá dentro.

Carl. Cómo? *Pol.* Con lo Caniquí
me he hecho ya lienzo casero.



ACTO SEGUNDO.

Salen Carlos y Polilla.

Carl. Polilla amigo, el pesar
me quita, dale á mi amor
alivio. *Pol.* A espacio, señor,
que hay mucho que confesar.

Carl. Dímelo todo, que lucha
con mi cuidado mi amor.

Pol. Quieres besarme, señor?
apártate allá y escucha.
Lo primero, esos bobazos,
de estos Príncipes, ya sabes,
que en fiestas y asuntos graves
se están haciendo pedazos.

Fiesta tras fiesta no tarda,
y con su desden tirano,
hacer fiestas es en vano,
porque ella no se las guarda.

Ellos gastan su dinero,
sin qué con ello la obliguen,
y de enamorarla siguen
el camino carretero.

Y ellos mismos son testigos
que van mal, que esta muger
el alcanzarla ha de ser
echando por esos trigos.

Y es tan cierta esta opinion,
que con tu desden fingido,
de tal suerte la has herido,
que ha pedido confesion;

y con mi bellaquería
su pecho ha comunicado,
como ella me ha imaginado
doctor de esta teología.

Para rendirte, un intento
siempre á preguntar me sales:
mira tú de quien se vale
para que se yerre el cuento.

Yo dije con gran mesura:
si eso en cuidado te tray
para obligarle, no hay
medio como tu hermosura.
Hazle un favor, golpe en bola,
de cuando en cuando al cuidado,

y en viéndole enamorado,
vuélvete y dile mamóla.
Ella, de mi parecer
se ha agradao de tal arte,
que ya está en galantearte:
mas ahora es menester,
que con ceño impenetrable,
aunque parezcas grasero,
siempre tú estés mas entero,
que bolsa de miserable.

No te piques con la salsa,
no piense tu bobería,
que está la casa vacía,
por ver la cédula falsa:
porque ella la trae pegada,
y si tú vas á llella,
has de hallar que dice en ella,
aquí no se alquila nada.

Carl. Y de eso, qué ha de sacarse?

Pol. Que se pique esta muger.

Carl. Pues cómo puedes saber,
que ha de venir á picarse?

Pol. Cómo picarse? eso es bueno:
si ella lo finge diez dias,
y tú de ella te desvias,
te ha de querer ai ocneno;
á los doce ha de rabiarse,
y á los trece me parece,
que aunque ella se esté en sus trece,
te ha de venir á rogar.

Carl. Yo pienso que dices bien;
mas yo temo de mi amor,
que si ella me hace un favor,
no sepa hacerla un desden.

Pol. Qué mas dijera una niña!

Carl. Pues qué haré?

Pol. Mostrarte elado.

Carl. Cómo, si estoy abrasado?

Pol. Beber mucha garapiña.

Carl. Yo he de esforzar mi cuidado.

Pol. Ah, sí (pese á mi memoria!)

que lo mejor de la historia
es lo que se me ha olvidado:
ya sabes que ahora son

Carnestolendas. *Carl.* Y pues?

Pol. Que en Barcelona uso es
de esta gallarda nacion,
que con fiestas se divierte,
llevar sin nota en su fama,
cada galan á su dama.
Esto en palacio es por suerte:
ellas eligen colores,
pide una el galan que viene,
y la dama que la tiene,
va con él, y á hacer favores
al galan: el dia la empeña,

y él se obliga á ser imán,
y es gueto, porque hay gelan
que suele ir con una ducañe.
Esto supuesto, Diana,
contigo el ir ha dispuesto,
y no sé por lograr esto,
como han puesto la pavana.
Ello está trizado ya;
mas ella sale; hácia allí
te esconde, no te halle aquí,
porque lo sospachará.

Carl. Persuade tú á su desvío
que me enamore. *Pol.* Es forzoso:
tú eres enfermo dichoso,
pues te cura el beber frio.

Retrase Carl. y salen Dian. Cint. y Laur.

Diana. Cintia, este medio he pensado
para rendirle á mi amor:
yo he de hacerle mas favor;
todas como os he mandado,
como yo, habeis de traer
cintas de todos colores,
con que al pedir los favores,
podreis cualquiera escoger
el galañ que os pareciere,
pues cualquier color que pida,
ya la teneis prevenida,
y la que el de Urgel pidiere
deládmela para mí.

Cint. Gran victoria has de alcanzar,
si le sabes obligar
á quererte. *Dian.* Caniqué?

Pol. Oh luz de este firmamento!

Diana. Qué hay de nuevo?

Pol. Me he hecho amigo
de Carlos. *Dian.* Mucho me obligo
de tu cuidado. *Pol.* Así intento *ap.*
ser espía y del consejo:
no es ni prevencion muy vana,
que esto es echar la botana
por si se sale el pellejo.

Diana. Y no has descubierto nada
de lo que yo de él procuro?

Pol. Ay señora! está mas duro,
que huevo para ensalada;
pero yo sé tretas bravas
con que has de hacerle bramar.

Diana. Pues tú lo has de gobernar.

Pol. Ay pobreta, que te clavás! *ap.*

Diana. Mil escudos te apereibo,
si tú su desden allanas.

Pol. Sí haré: el emplastro de ranas *ap.*
pone por madurativo.
Y si le vieses querer,
qué harás despues de tentarle?

Diana. Qué? ofenderie, despreciarle,

ajarle y darle á entender,
que ha de rendir sus sosiegos
á mis ojos por despojos.

Al paño Carl. Fuego de amor en tus ojos!

Pol. Qué gran gusto es ver dos juegos! *ap.*
Digo, y no seria mejor,
despues de haberle rendido,
tener piedad del caído?

Diana. Qué llamas piedad? *Pol.* De amor.

Diana. Qué es amor? *Pol.* Digo, querer,
asi al modo de empezar,
que aquesto de pelizcar
no es lo mismo que comer.

Diana. Qué es lo que dices? querer?
yo me habia de rendir?
aunque le viera morir
no me pudiera vencer.

Carl. Ay muger mas singular!
oh cruel! *Pol.* Déjame hacer,
que no solo ha de querer,
vive Dios, sino envidiar.

Carl. Yo salgo: el alma se abrasa.

Pol. Carlos viene. *Dian.* Disimula.

Pol. Lástima es que tome bula: *ap.*
si supiera lo que pasa.

Diana. Cintia, avisa cuando es hora
de ir al sarao.

Cint. Ya he mandado,
que estén con ese cuidado.

Salte Carl. Y yo el primero, señoras;
vengo, pues es deuda igual,
á cumplir mi obligacion.

Diana. Pues cómo, sin aficion,
sois vos el mas puntual?

Carl. Como tengo el corazon
sin los cuidados de amar,
tiene el alma mas lugar
de cumplir su obligacion.

Pol. Hazie un favorcillo al vuelo,
por si mas grato le ves.

Diana. Eso procuro. *Pol.* Esto es *ap.*
hacerla escupir al cielo.

Diana. Mucho, no teniendo amor,
vuestra asistencia me obliga.

Carl. Si es mandarme que prosiga,
sin hacerme ese favor,
lo haré yo, porque obligada
á eso mi atencion está.

Diana. Poca lumbre el favor da.

Pol. Está la yesca mojada.

Diana. Luego al favor que yo os hago
no le dais estimacion.

Carl. Eso con veneracion,
mas no con amor le pago.

Pol. Necio, ni aun así le pagais.

Carl. Qué quieres? temple mi ardor,

aunque es fingido el favor.

Pol. Enjuágate, no le tragues.

Dian. Qué le has dicho? *Pol.* Que al oillos agradezca tus favores.

Diana. Bien haces.

Pol. Esto es, señores, *ap.*
engañar á dos carrillos.

Diana. Si yo á querer algun día me inclinase, fuera á vos.

Carl. Por qué? *Dian.* Porque entre los dos hay oculta simpatía:

el llevar vos mi opinion,
el ser vos del genio mio,
y á sufrirlo mi albedrío,
fuera á vos mi inclinacion.

Carl. Pues hicieras mal.

Diana. No hiciera,
que sois galan. *Carl.* No es por eso.

Diana. Pues por qué?

Carl. Porque os confieso,
que yo no os correspondiera.

Diana. Pues si os viéades amar
de una muger como yo,
no me quisiéades? *Carl.* No.

Diana. Claro sois. *Carl.* No sé engañar.

Pol. Oh pecho heroico y valiente!
Date por esos hijares:
si tú no se la pagares,
me la claven en la frente.

Diana. Mucho al enojo me acercos:
tal desahogo no he visto.

Pol. Desvergüenza es, vive Cristo.

Diana. Has visto tal? *Pol.* Es un putrco.

Diana. Qué haré?

Pol. Mererte en la danza
de amor, y á puro desden
quemarle.

Diana. Tú dices bien,
que esa es la mayor venganza.

Yo os tuve por mas discreto.

Carl. Pues qué he hecho contra razon?

Diana. Eso es ya desatencion.

Carl. No ha sido sino respeto;
y porque veais que es error,
que haya en el mundo quien crea,
que el que quiere lisonjea,
oid de mí lo que es amor.

Amar, señora, es tener
inflamado el corazon,
con un deseo de ver
á quien causa esta pasion,
que es la gloria del querer.
Los ojos que se agradaron
de algun sugeto que vieron,
al corazon trasladaron
las especies que cogieron,

y esta inflamacion causaron.

Su hidrópico ardor procura
apagar de sus antojos
la sed; viendo la hermosura,
mas crece la calentura,
mientras mas beben los ojos.
Siendo esta fiebre mortal,
quien corresponde al amor,
bien se ve que es desleal,
pues le remedia el dolor,
dándole mas fuerza al mal.

Luego el que amado se viere,
no obliga en corresponder,
si daña como se infiere;
pues oid como en querer
tampoco obliga el que quiere.
Quien ama con fe mas pura,
pretende de su pasion
aliviar la pena dura,
mirando á aquella hermosura,
que adora su corazon.

El contento de miralla
le obliga al ansia de verla;
esto en rigor es amalla:
luego aquel gusto que halla,
le obliga solo á quererla.
Y esto mejor se apercibe
del que aborrecido está,
pues aquel amando vive,
no por el gusto que da,
sino por el que recibe.

Los que aborrecidos son
de la dama que apetezen,
no sienten la desazon
porque causa la pasion,
sino porque ellos padecen.
Luego si por su tormento
el desden siente quien ama,
el que quiere mas atento
no quiere el bien de su dama,
sino su propio contento.

A su propia conveniencia
dirige amor su fatiga:
luego es clara consecuencia,
que ni con amor se obliga
ni con su correspondencia.

Diana. El amor es una union
de dos almas, que su ser
truncan por transformacion,
donde es fuerza que ha de haber
gusto, agrado y eleccion.
Luego si el gusto es despues
del agrado y la eleccion,
y esta voluntaria es,
ya le debo obligacion,
si no amante, de cortés.

Carl. Si vuestra razon infiere,
que es amar obligacion,
por qué os ofende el que quiere?

Diana. Porque yo tendré razon,
para lo que yo quisiere.

Carl. Y que razon puede ser?

Diana. Yo otra razon no prevengo,
mas que quererla tener.

Carl. Pues esa es la que yo tengo
para no corresponder.

Diana. Y si acaso el tiempo os muestra,
que vence vuestra porfia?

Carl. Siendo una la razon nuestra,
si se venciere la mia,
no es muy segura la vuestra.

Suenan instrumentos.

Laura. Señora, los instrumentos
ya de ser hora dan señas
de comenzar el sarao
para las Carnestolendas.

Pol. Y ya los Príncipes vienen.

Diana. Tened todas advertencia
de prevenir los colores.

Pol. Ah, señor, estás alerta?

Carl. Ay Polilla! lo que finjo
toda una vida me cuesta.

Pol. Calla, que de enamorarla
te hartarás al ir con ella,
por la obligacion del dia.

Carl. Disimula, que ya llegan.

Salen los Príncipes y los músicos can-
tando.

Música. Venid los galanes
á elegir las damas,
que en Carnestolendas
amor se disfraza:
Falarala, larala &c.

Bearn. Dudosos vengo, señora,
pues teniendo corta estrella,
vengo fiado en la suerte.

Gaston. Aunque mi duda es la mesma,
el elegir la color

me toca á mí, que el ser buena,
pues te toca á mi fortuna,
ella debe cuidar de ella.

Diana. Pues sentaos, y cada uno
elija color, y sea,
como es uso, previniendo
la razon para escogerla;
y la dama que le tiene,
salga con él, siendo deuda
el enamorarle en él,
y el favorecerle en ella.

Música. Venid los galanes
á elegir las damas &c.

Bearn. Esta es accion de fortuna,

y ella, por ser loca y ciega,
siempre le da lo mejor
á quien tiene menos prendas,

y por no tener ninguna
es forzoso, que aqui sea
quien tiene mas esperanza,

y asi el escoger es fuerza
el color verde. *Cintia.* Si yo *ap.*

escojo de lo que queda,
despues de Carlos, yo elijo
al de Bearne: yo soy vuestra,

que tengo el verde; tomad *Dásela.*

la cinta. *Bearn.* Corona sea
de mi suerte el favor vuestro,
que á no serlo, eleccion fuera.

Danzan una mudanza, y pónense mascar-
rillas, y retíranse á un lado, quedando
en pie y cantando los Músicos.

Música. Vivan los galanes
con sus esperanzas,
que para ser dichas
el tenerlas basta: Falarala &c.

Gast. Yo nunca tuve esperanza,
sino envidia, pues cualquiera
debe mas favor que yo
á las luces de su estrella;
y pues siempre estoy zeloso,
azul quiero. *Fen.* Yo soy vuestra.
que tengo el azul; tomad. *Dásela.*

Gast. Mudar de color pudiera,
pues yo, señora, mi envidia
con tan buena suerte cesa.

Danzan y retíranse.

Música. No cesan los zelos
por lograr la dicha,
pues los hay entoncas
de los que la envían: Falarala &c.

Pol. Y yo he de elegir color?

Diana. Claro está. *Pol.* Pues vaya fuera,
que ya salirme queria
á la cara la vergüenza.

Diana. Qué color pides? *Pol.* Yo tengo

hecho el buche á damas feas,
de suerte, que habrá de ser
muy mala la que me quepa.

De las damas que aqui miro,
no hay ninguna que no sea
como una rosa; y pues yo

la he de hacer mala por fuerza,
por si ella es como una rosa,
yo la quiero rosa seca:

rosa seca, sal acá;
quién la tiene? *Laur.* Yo soy vuestra,
que tengo el color; tomad. *Dásela.*

Pol. Yo aqui he de favorecerla,
y ella á mí ha de enamorarme?

Laura. No sino al revés. *Pol.* Pues vuelta, enamórame al revés.

Laura. Que lo sea de ser eso, bestia, sino enamorarme tú.

Pol. Yo? pues toda la manteca hecha pingue en la sartén, á tu blancura no llega, ni con tu pelo se iguala la frisa de la bayeta; ni dos ojos de jabón mas que los tuyos blanquean; ni siete bocas hermosas, las unas tras otras puestas, son tanto como la tuya; y no hablo de pies y piernas, porque no hilo tan delgado; que aunque yo con tu belleza he caído, no he caído, pues no cae el que no peca.

Danzan y retíranse.

Música. Quien á rosas secas su eleccion inclina, tiene amor de rosas y temor de espinas: Falarala &c.

Carl. Yo á elegir quedo el postero; y ha sido por la violencia, que me hace la obligación de haber de fingir finezas; y pues ir contra el dictamen del pecho es enojo y pena, para que lo signifique, de los colores que quedan, pido el color encarnado; quién le tiene? *Dian.* Yo soy vuestra, pues tengo el nacar; tomad. *Dásela.*

Carl. Si yo, señora, supiera el acierto de mi suerte, no tuviera por violencia fingir amor; pues ahora le debo tener de veras.

Danzan y retíranse.

Música. Iras significa el color de nacar: el desden no es ira? quien tiene iras ama: Falarala &c.

Pol. Ahora te puedes dar un bartazgo de finezas, como para quince días, mas no te ahites con ellas.

Diana. Guie la música, pues, á la plaza de las fiestas, y va galanes y damas vayan cumpliendo la deuda.

Música. Vayan los galanes todos con sus damas, que en Carnestolendas

amor se disfraza: Falarala &c.

Vanse todos de dos en dos, y al entrar se detienen Diana y Carlos.

Diana. Yo he de rendir este hombre, ap. ó he de condenarme á necia.

Qué tibio galán haceis! bien se ve en vuestra tibieza, que es violencia enamorar; y siendo el fingirlo fuerza, no saberlo hacer, no es falta de amor, sino de agudeza.

Carl. Si yo hubiera de fingirlo, no tan remiso estuviera, que donde no hay sentimiento está mas pronta la lengua.

Diana. Luego estais enamorado de mí. *Carl.* Si no lo estuviera, no me atara este temor.

Diana. Qué decís? hablais de veras? *Carl.* Pues si el alma lo publica, puede fingirlo la lengua?

Diana. Pues no dijisteis, que vos no podeis querer? *Carl.* Eso era, porque no me habia tocado el veneno de esta flecha.

Diana. Qué flecha? *Carl.* La de esta mano, que el corazon me atraviesa; y como el pez introduce su venenosa violencia por el hilo y por la caña, al pescador pasma y yela el brazo con que la tienes á mí el alma me penetra el dulce ardiente veneno, que de vuestra mano bella se introduce por la mia, y hasta el corazon me llega.

Diana. Aibricias, ingenio mio, ap. que ya rendí su soberbia: ahora probará el castigo del desden de mi belleza.

Que, en fin, vos no imaginabais querer, y querais de veras?

Carl. Toda el alma te me abrasa, ap. todo mi pecho es centellas. Temple en mí vuestra piedad este ardor que me atormenta.

Diana. Soitad; qué decís? soitad.

Quitase la mascarilla Diana, y suéltale la mano.

Yo favor? la pasión ciega para el castigo os disculpa, mas no para la advertencia. A mí me pedís favor, diciendo que amais de veras?

Carl. Cielos yo me despeño, ap.

pero válgame la enmienda.

Diana. No os acordais de que os dije, que en queriéndome, era fuerza que sufrirais mis desprecios, sin que os valiese la queja?

Carl. Luego de veras hablais?

Diana. Pues vos no quereis de veras?

Carl. Yo, señora? pues se pudo trocar mi naturaleza?

Yo querer de veras? yo?

Jesus, qué error! eso piensa vuestra hermosura? yo amor?

Pues cuando yo le tuviera, de vergüenza le callara: esto es cumplir con la deuda de la obligacion del dia.

Diana. Qué me decís? yo estoy muerta! *ap.*

Qué no es de veras? qué escucho! *ap.* pues cómo aqui á hablar no acierta mi vanidad de corrida!

Carl. Pues vos, siendo tan discreta, no conoceis que es fingido?

Diana. Pues aquello de la flecha, del pez, el hilo y la caña, y decir que el desden era, porque no os habia tocado del veneno la violencia?

Carl. Pues eso es fingirlo bien: tan necio quereis que sea, que cuando á fingir me ponga, lo finja sin apariencia?

Diana. Qué es esto que me sucede! *ap.* yo he podido ser tan necia, que me haya hecho este desaire! del incendio de esta afrenta el alma tengo abrasada; mucho temo que lo entienda: yo he de enamorar á este hombre, si toda el alma me cuesta.

Carl. Mitad que esperan, señora.

Diana. Qué á mí este error me suceda! *ap.* pues cómo vos... *Carl.* Qué decís?

Diana. Qué iba yo á hacer? yo estoy ciega: *ap.* poned la máscara y vamos.

Carl. No ha sido mala la enmienda; *ap.* así trata el rendimiento?

ha cruel! ha ingrata! ha fiera! yo echaré sobre mi fuego toda la nieve del Etna.

Diana. Cierto, que sois muy discreto, y lo fingis de manera, que lo tuve por verdad.

Carl. Cortesanía fue vuestra el fingiros engañada, por favorecer con ella, que con eso habeis cumplido

con vuestra naturaleza y la obligacion del dia; pues fingiendo la cautela de engañaros, porque á mí me dais crédito con ella, favoreceis el ingenio, y despreciais la fineza.

Diana. Bien agudo ha sido el modo de motejarme de necia: *ap.* mas así le he de engañar.

Venid pues, y aunque yo sepa que es fingido, proseguid, que eso á estimaros me empeña con mas veras. *Carl.* De qué suerte?

Diana. Hace á mi desden mas fuerza la discrecion que el amor, y me obligais mas con ella.

Carl. Quién no entendiese tu intento! *ap.* yo la volveré la flecha.

Diana. No proseguis? *Carl.* No señora.

Diana. Por qué? *Carl.* Me ha dado tal pena el decirme que os obligo, que me ha hecho perder la senda del fingirme enamorado.

Diana. Pues, vos, qué perder pudierais en tenerme á mí obligada con vuestra atencion discreta?

Carl. Arrieszarme á ser querido.

Diana. Pues tan mal os estuviera?

Carl. Señora, no está en mi mano; y si yo en eso me viera, fuera cosa de morirme.

Diana. Qué esto escuche mi belleza! *ap.*

Pues vos presumis que yo pude quererlos? *Carl.* Vos mesma decís que la que agradece está de querer muy cerca: pues quien confiesa que estima, qué falta para que quiera?

Diana. Menos falta para injuria á vuestra loca soberbia; y eso poco que le falta,

pasando ya de grosera, quiero excusar en dejaros:

idos. *Carl.* Pues cómo á la fiesta quereis faltar? puede ser, sin dar causa á otra sospecha?

Diana. Ese riesgo á mí me toca: decid que estoy indispueta, que me ha dado un accidente.

Carl. Luego con eso licencia me dais para no asistir.

Diana. Si os mando que os vais, no es fuerza?

Carl. Me habeis hecho gran favor: guarde Dios á vuestra alteza. *Vase.*

Diana. Qué es lo que pasa por mí!

tan corrida estoy, tan ciega,
que si supiera algun medio
de triunfar de su soberbia,
aunque arriesgara el respeto,
por rendirle á mi belleza,
á costa de mi decoro
comprara la diligencia.

Sale Polilla.

Pol. Qué es esto, señora mia,
cómo se ha agüado la fiesta?

Diana. Hame dado un accidente.

Pol. Si es cosa de la cabeza,
dos parches de tacamaca,
y que te raigan las piernas.

Diana. No tienen piernas las damas.

Pol. Pues por esta razon mesma
digo yo, que te las raigan:
mas qué ha sido tu dolencia?

Diana. Aprieto del corazón.

Pol. Jesus! pues si no es mas de esa,
sángrate y púrgate luego,
y echate unas sanguijuelas,
dos docenas de ventosas,
y al instante estarás buena.

Diana. Caniquí, yo estoy corrida
de no vencer la tibieza

de Carlos. *Pol.* Pues eso dudas?

quieres que por tí se pierda?

Diana. Pues cómo se ha de perder?

Pol. Hazle que tome una renta;
pero de veras hablando,
tú, señora, no deseas
que se enamore de tí?

Diana. Toda mi corona diera
por verle morir de amor.

Pol. Y es eso cariño ó tema?
la verdad, te entra el Carlillos?

Diana. Qué es cariño? yo soy peñas
para abrasarle á desprecios,
á desaires y á violencias
lo deseo solo. *Pol.* Zapel
aun está verde la breva;
mas ella madurará,
como hay muchachos y piedras.

Diana. Yo sé, que él gusta de oír
cantar. *Pol.* Mucho, como sea
la pasión ó algun buen salmo
cantado con castañetas.

Diana. Salmo? qué decís? *Pol.* Es cosa,
señora, que esto le eleva:
lo que es música de salmos
pierde su juicio por ella.

Diana. Tú has de hacer por mí una cosa.

Pol. Qué?

Diana. Abierta hallarás la puerta
del jardín; yo con mis damas

estará allí, y sin que él sepa
que es cuidado cantarémos:
tú has de decir que le llevas
porque nos oiga cantar,
diciendo que aunque le vean,
á ti te echarán la culpa.

Pol. Tú has pensado brava treta,
porque en viéndote cantar
se ha de hacer una jalea.

Diana. Pues ve á buscarle al momento.

Pol. Llevaréle con cadena:

á oír cantar irá el otro
tras un entierro; mas sea
buen tono. *Diana.* Qué te parece?

Pol. Algunas cesas burlescas,
que tengan mucha alegría.

Diana. Cómo qué?

Pol. Un requiem eternam.

Diana. Mira que voy al jardín.

Pol. Pues ponte como una Eva,
para que caiga este Adán.

Diana. Allá espero.

Vase.

Pol. Nonsbuena,

que tú has de ser la manzana,
y has de llevar la culebra.

Señores, qué estas locuras
ande haciendo una Princesa!

Mas quien tiene la mayor,
qué mucho, que estotras tenga?

porque las locuras son
como un plato de cerezas,
que en tirando de la uña,
las otras se van tras ella.

Sale Carl.

Carl. Polilla, amigo.

Pol. Carlos, bravo cuento!

Carl. Pues qué ha habido de nuevo?

Pol. Vencimiento.

Carl. Pues tú, qué has entendido?

Pol. Que para enamorate, me ha pedido
que te lleve al jardín, donde has de vella
mas hermosa y brillante que una estrella,
cantando con sus damas,
que como te imagina duro tanto,
ablandarte pretende con el canto.

Carl. Eso hay? mucho lo extraño.

Pol. Mira si es liviandad de buen tamaño,
y si está ya harto ciega,
pues esto hace, y dé mí á fiarlo llega.

Carl. Ya escucho el instrumento. *tocan dent.*

Pol. Esta ya es tuya.

Carl. Calla, que cantan ya.

Pol. Pues aleluya.

Música. Olas eran de zafir
las del mar solo esta vez,
con el que siempre le aclaman
los mares segundo rey.

Pol. Vamos, señor.

Carl. Qué dices? que yo muero.

Pol. Deja eso á los pastores de la Arcadia, y vámonos allá, que esto es primero.

Carl. Y qué he de hacer?

Pol. Entrar y no mirarla, y divertirme con la copia bella de flores; y aunque ella se haga rajas cantando, no escucharla, porque se abraze.

Carl. No podré emprenderlo.

Pol. Cómo no? vive Cristo, que has de hacerlo, ó te tengo de dar con esta daga, que traigo para eso, que esta liaga se ha de curar con escozor.

Carl. No intentes eso, que no es posible que lo allanes.

Pol. Señor, tú has de sufrir potvos de juanes, que toda el alma tienes ya podrida. *Mus.*

Carl. Otra vez cantan; oye por tu vida.

Pol. Pese á mi alma! vamos, no en eso tiempo pierdas.

Carl. Atendamos, que luego entrar podemos.

Pol. Allá desde mas cerca escucharemos: anda con Barrabás. *Carl.* Oyé primero.

Pol. Has de entrar, vive Dios.

Carl. Oye. *Pol.* No quiero.

Métele á empellones, y salen Diana y todas las damas en guardapiés y justillos, cantando.

Música. Olas eran de zafir las del mar solo esta vez, con el que siempre le aclaman los mares segundo rey.

Diana. No habeis visto entrar á Carlos?

Cintia. No solo no le hemos visto, mas ni aun de que venir pueda en el jardin hay indicio.

Diana. Laura, ten cuenta si viene.

Laura. Ya yo, señora, lo miro.

Diana. Aunque arriesgue mi decoro, he de vencer sus desvíos.

Laura. Cierto, que estás tan hermosa, que ha de faltarle el sentido.

si te ve y no se enamora; mas, señora, ya le he visto, ya está en el jardin. *Dian.* Qué dices?

Laura. Que con Caniquí ha venido.

Diana. Pues volvamos á cantar, y sentaos todas conmigo.

Siéntanse ahora todas, y salen Polilla y Carlos.

Pol. No te derritas, señor.

Carl. Polilla, no es un prodigio su belleza? en aquel traje

doméstico es un hechizo.

Pol. Qué bravas estan las damas en guardapiés y justillos!

Carl. Para qué son los adornos, donde hay sin ellos tal brio?

Pol. Mira, estas son como el cardo, que el hortelano advertido le deja las pencas malas, que aunque no son de servicio, abultan para venderle; pero despues de vendido, solo se come el cogollo:

pues las damas son lo mismo, lo que se come es aquesto, que el moño y el artificio de las faldas, son las pencas que se echan á los barricos: pero vuelve allá la cara, no mires, qué vas perdido.

Carl. Polilla, no he de poder.

Pol. Qué llamas no? vive Cristo, que he de meterte la daga si vuelves. *Pone la daga á la cara.*

Carl. Ya no la miro.

Pol. Pues la estás oyendo, engaña los ojos con los oídos.

Carl. Pues vámonos alargando, porque si canta, el no oír no pareceza que es cuidado, sino divertirme el sitio.

Cint. Ya te escucha, cantar puedes.

Diana. Así vencerle imagino.

Canta. El que solo de su Abril escogió Mayo cortés, por gala de su esperanza, las flores de su desden:-

Dian. No ha vuelto á oír? *Laur.* No señora.

Diana. Cómo no? pues no me ha oído?

Cint. Puede ser, porque está lejos.

Carl. En toda mi vida he visto mas bien compuesto el jardin.

Pol. Vaya eso, que eso es lindo.

Diana. El jardin está mirando; este hombre está sin sentidos: qué es esto? cantemos todas, para ver si vuelve á oírnos.

Cantan todas. A tan dichoso favor sirva tan florido mes, por gloria de sus trofeos rendido le bese el pie.

Carl. Qué bien hecho está aquel cuadro de sus armas! qué pulido!

Pol. Harto mas pulido es eso.

Diana. Qué esto escucho! qué esto miro! los cuadros está alabando cuando yo canto! *Carl.* No he visto

yedra mas bien enlazada:
 qué hermoso verde! *Pol.* Eso pido:
 dale en lo verde, que engordas.
Diana. No me ha visto, ó no me ha oído;
 Laura, al descuido le advierte,
 que estoy yo aquí. *Levántase Laura.*
Cintia. Este capricho
 la ha de despeñar á amar.
Laura. Carlos, estad advertido,
 que está aquí dentro Diana.
Carl. Tiene aquí un famoso sitio:
 los laureles están buenos:
 pero entre aquellos jacintos
 aquel pie de guindo aseá.
Pol. Oh qué lindo pie de guindo!
Diana. No se lo advertiste, Laura?
Laura. Ya, señora, se lo he dicho.
Diana. Ya no yerra de ignorancia;
 pues cómo está divertido?
Pasan por delante de ellas. Ilevándole
Polilla la daga junto á la cara, porque
no vuelva.
Pol. Señor, por aquesta calle
 pasa sin mirar. *Carl.* Rendido
 estoy á mi resistencia:
 volver temo. *Pol.* Ten, por Cristo
 que te herirás con la daga.
Carl. Yo no pueda mas, amigo.
Pol. Hombre, mira que te clavás.
Carl. Que quieres, ya me he vencido.
Pol. Vuelve por estorlo lado.
Carl. Por acá? *Pol.* Por allá digo.
Diana. No ha vuelto. *Laur.* Ni lo imagina.
Diana. Yo no creo lo que miro;
 ve á al descuido, Fenisa,
 y vuelve á dar el aviso.
Levántase Fenisa.
Pol. O ro correo dispara,
 mas no dan lumbre los tiros.
Fenis. Carlos? *Carl.* Quién llama?
Pol. Quién es?
Fenis. Ved que Diana os ha visto.
Carl. Admirado de esta frente,
 en verla me he divertido,
 y no había visto á su Altezar
 decid que ya me retiro.
Diana. Cielos, sin duda se va: *ap.*
 oíd, escuchad, á vos digo. *Levántase.*
Carl. A mí, señora? *Dian.* Sí, á vos.
Carl. Qué mandais?
Diana. Cómo, atrevido,
 habeis entrado aquí dentro,
 sabiendo que en mi retiro
 estaba yo con mis damas?
Carl. Señora, no os había visto:
 la hermosura del jardín

me llevó: perdon os pido.
Diana. Esto es peor, que aun no dice,
 que para escucharne vino. *ap.*
 Pues no me oíste? *Carl.* No señora.
Diana. No es posible.
Carl. Un yerro ha sido,
 que solo enmendarse puede
 con no hacer mas el delito. *Vase.*
Cint. Señor, este hombre es un tronco.
Diana. Déjame, que sus desvíos
 el sentido han de quitarme.
Cintia. A questo va ya per lido; *ap.*
 si ella no está enamorada
 de Carlos, ya va camino. *Vase.*
Diana. Cielos, qué es esto que veo!
 un etna es cuanto respiro:
 yo despreciada! *Pol.* Eso sí,
 pese á su ama, dé brinco.
Diana. Caniquí? *Pol.* Señora mia?
Diana. Qué es esto? este hombre no vino
 á escucharme? *Pol.* Sí señora.
Diana. Pues cómo no ha vuelto á oírlo?
Pol. Señora, es loco de atar.
Diana. Pues qué respondió, ¿qué dijo?
Pol. Es vergüenza. *Dian.* Dilo, pues.
Pol. Que cantabais como niños
 de escuela, y que no queria
 escucharos. *Dian.* Eso ha dicho?
Pol. Sí señora. *Dian.* Hay tal desprecio!
Pol. Es un bobo. *Dian.* Estoy sin juicio!
Pol. No hagás caro. *Dian.* Estoy mortal!
Pol. Que es un bárbaro. *Dian.* Eso mismo
 me ha de obligar á rendirle,
 si muero por conseguirlo. *Vase.*
Pol. Buena va la danza, alcalde,
 y da en la albarda el granizo.



ACTO TERCERO.

Salen Carlos, Polilla, Don Gaston y el
Príncipe de Bearne.

Gast. Carlos, nuestra amistad nos da licencia
 de valernos de vos para este intento.
Carl. Ya sabeis que es segura mi obediencia.
Bear. En fe de eso os consulto el pensamiento.
Pol. Va de consulta, y salga la propuesta,
 que todo lo demas es molimiento.
Bear. Ya vos sabeis, que no ha quedado fiesta,
 fineza, ostentacion, galañteria,
 que no haya sido de los tres compuesta
 para vencer la justa antipatía
 que nos tiene Diana sin debella,
 ni aun lo que debe dar la cortesía;

pues habiendo salido vos con ella, la obligación y el uso de la suerte, por no favoreceros, atropella, y la alegría del festin convierte en queja de sus damas, y en desprecio de nosotros, si el término se advierte, y de nuestro decoro haciendo aprecio, mas que de nuestro amor, nos ha obligado solamente á vencer su desden necio, y al gusto quedará desempeñado de las tres si la viésemos vencida de cualquier de todos al cuidado. Para esto, pues, traemos prevenida, yo y D. Gaston la industria, que os diremos, que si á esta fecha no quedase herida, no queda ya camino que intentemos.

Carl. Qué es la industria?

Gast. Que para estos dias todos por suerte ya damas tenemos, prosigamos en las galanterías todos, sin hacer caso de Diana, pues ella se excusó con sus porfías, que si á ver llega su altivez tirana, por su desden su adoracion perdida, sino de amante, se ha de herir de vana: y en conociendo indicios de la herida, nuestras finezas han de ser mayores, hasta tenerla en su rigor vencida.

Pol. No es ese mal remedio; mas, señores, eso es lo mismo, que á cualquier doliente el quitarle la cena los doctores.

Bearn. Pero si no es medio suficiente, cuando no alivie ó temple la dolencia, sirve de que no crezca el accidente si á Diana la ofende la decencia con que la festejamos, porfiarla solo será crecer su resistencia. Ya no queda mas medio que dejarla, pues si la ley, que dió naturaleza, no falla en ella, así hemos de obligarla: porque en viendo perdida la fuerza la dama, aun de aquel mismo que aborrece, sentido es natural en la belleza, que la veneracion de que carece, aunque el gusto causado la desprecia, la vanidad del alma la apetece; y si le falta lo que el alma aprecia, aunque lo calle allá su sentimiento, la estará á solas condenando á necia; y cuando no se logre el pensamiento de obligarla á querer, en que lo sienta, queda vengado bien nuestro tormento.

Carl. Lo que ofendido vuestro amor intentado por dos causas de mí queda aceptado; una, el ser fuerza que ella lo consienta, porque eso su desden nos ha mandado;

y otra, que sin amor ese desvío no me puede costar ningun cuidado.

Bearn. Pues la palabra os tomo.

Carl. Yo la fio.

Bea. Y aun de Diana el nombre á nuestro labio desde aquí le prohíba el albedrfo.

Gast. Ese contra el desden es medio sabio.

Carl. Digo, que de mi parte lo prometo.

Be. Pues vos vereis vengado nuestro agravio.

Gast. Vamos, y aunque se ofenda su respeto, en festejar las damas prosigamos con mas finezas.

Carl. Yo el desvío acepto.

Bearn. Pues si á un tiempo todos la dejamos, cierto será el vencerla. *Carl.* Así lo creo.

Bearn. Vamos, pues, Don Gaston. *Vanse.*

Gast. Bearn, vamos.

Bearn. Logrado habeis de ver nuestro deseo.

Pol. Señor, esta es brava traza, y medida á tu deseo, que esto es echarte el ojeo, porque tú mates la caza.

Carl. Polilla, muger terrible! qué aun no quiera tan picada!

Pol. Señor, ella está abrazada, mas renairse no es posible: ella te quiere, señor, y dice que te aborrece; mas lo que ira le parece, es quinta esencia de amor: porque cuando una muger de los desdenes se agravia, bien puede llamarse rabia, mas es rabia por querer. Dia y noche está trazando como vengar su congoja; mas no temas que te coja, que ella te dara bien blando.

Carl. Qué dice de mí? *Pol.* Te acusa: dice que eres un grosero, desatento, majadero: y yo, que entiendo la musa, digo: señora, es un loco, un sucio; y ella despues vuelve por ti, y dice: No es, que ni tanto ni tan poco. En fin, porque sus desvelos no se logren, yo imagino, que ahora toma otro camino, y quiere picarte á zelos. Conoce tú la varilla, y si acaso te la echa, disimula, y di á la flecha riendo: hágote cosquilla, que ella se te vendrá al ruego.

Carl. Por qué?

Pol. Porque aunque se enoje
 quien cuando sieobra no coge,
 va á pedir limosna luego,
 eso es, señor, evidencias:
 Lope, el Fenix español,
 de los ingenios el sol,
 lo dijo en esta sentenciam:
 quien tiene ze os, y ofende,
 qué pretende?
 la venganza de un desden;
 y si no le sale bien?
 vuelve á comprar lo que vende.
 Mas ya los Príncipes van
 sus músicas previniendo.

Carl. Irme con ellos pretendo.
Pol. Con eso juego te dan.
Carl. Diana viene. *Pol.* Pues cuidado;
 y escápate.

Carl. Voime luego. *Vase.*
Pol. Vete, que si nos ve el juego,
 perderemos lo envidado.
Canta dentro, y va saltando Diana.
Música. Pastores, Cintia me mata,
 Cintia es mi muerte y mi vida,
 yo de ver á Cintia vivo,
 y muero por ver á Cintia.

Diana. Tanta Cintia! *Flor.* Es el reclamo
 del Bearnés. *Diana.* Finezas necias!
Pol. Todo esto es echar especias *ap.*
 al guisado de mi amo.

Diana. Por no ver estas contencidas
 de que á sus damas alaben,
 deseo ya que se acaben
 aquestas Carnestolendas.

Pol. Eso es ya rigor tirano:
 deja, señora, querer
 si no quieres, que esto es ser
 el perro del Hottelano.

Diana. Pues no es cosa muy causada
 oír músicas precisas
 de Cintias, Lauras, Fenisas
 cada instante? *Pol.* Si te enfada
 ver tu nombre en verso escrito,
 que han de hacer sino Cinteas,
 Laureas y Feniseas?
 que Dianar es ya delito:
 y el Bearnes tan fino está
 con Cintia, que está en su pecho,
 que una gran décima ha hecho.

Diana. Y cómo dice? *Pol.* Allá va:
 Cintia el mandamiento quinto
 quebró en mí, como saeta;
 Cintia es la que á mí me aprieta,
 y yo soy de Cintia el cinto.
 Cintia y cinta no es distinto;
 y pues Cintia es servejante

á cinta, soy fino amante,
 pues traigo cinta en la liga,
 y esta décima la diga
 Cintor el representante.

Diana. Bien por cierto; mas ya suena
 otra música. *Pol.* Y galante.

Diana. Esta será de otro amante.
Pol. Reventando está de pena. *ap.*
Música. No iguala á Fenix el Fenix,
 que si él muere y rexecita,
 Fenisa da vida y mata:
 mas que el Fenix es Fenisa.

Diana. Qué finos están! *Pol.* Jesús!
 mucha cosa, y aun mi pecho...
 oye la que á Laura ha hecho.

Diana. También das músicas? *Pol.* Pues?
 Laura en rigor es laurel;
 y pues Laura á mí me plugo,
 yo tengo de ser besugo,
 por escabecharme en él.

Diana. Y Carlos no me pudiera
 dar música á mí también?
Pol. Si llegara á querer bien,
 sin duda se te atreviera;
 mas él no ama, y tú el concierto
 de que te dejase hiciste,
 con que al punto que dijiste
 id con Dios, vió el cielo abierto.

Diana. Que lo dije así confieso;
 mas él porfiar debía,
 que aquí es cortés la porfía.

Pol. Pues cómo puede ser eso,
 si á las fiestas han de ir?
 y es desprecio de su fama
 no ir un galan con su dama:
 por qué no quieres salir?

Diana. Que pudiera ser, no inferes,
 que saliese yo con él?

Pol. Sí señora; pero él
 sabe poco de poderes.
 Mas ya galanes y damas
 á las fiestas van saliendo:
 cierto, que es un mayo ver
 las plumas de los sombreros.

Diana. Todos vienen con sus damas,
 y Carlos viene con ellos.

Pol. Señores, si esta mujer, *ap.*
 viendo ahora este desprecio,
 no se rinde á querer bien,
 ha de ahorcarse como hay credo.

*Salen todos los galanes con sus damas,
 y ellas y ellos con sombreros y plumas.*
Música. A festejar sale amor
 sus dichosos prisioneros,
 dando plumas sus penachos
 á sus harpones soberbios.

Bearn. Príncipes; para picaría,
es este el principal medio.

Gast. Mostrarnos finos imports.

Carl. Mi fineza es el despego.

Bearn. Cada instante, Cintia hermosa,
me olvido de que soy vuestro,
porque no creo á mi suerte
la dicha que la merezco.

Cint. Mas yo dudo, pues presumo,
que el ser tan fino es empeño
del día y no del amor.

Bearn. Salir del día desceo,
por venderes esa duda.

Gast. Y vos, si dudais lo mismo,
vereis pasar mi fineza
á los mayores extremos,
cuando solo deuda sea
de la fe con que os venero.

Diana. Nadie se acuerda de mí.

Pol. Yo por ninguno lo siento,
sino por aquel manguado
de Carlos, que es un soberbio;
tiene él algo mas, que ser
muy galan y muy discreto,
muy liberal y valiente,
y hacer muy famosos versos,
y ser un Príncipe grande?
¿pues qué tenemos con eso?

Bearn. Conde de Fox, no perdamos
tiempo para los festejos,
que tenemos prevenidos.

Gast. Tan feliz día logremos.

Diana. Qué tiernos van!

Pol. Son menguados.

Diana. Pues es malo el estar tiernos?

Pol. Sí, que es cosa de capones.

Bearn. Proseguid el dulce acento,
que nuestra dicha celebra.

Carl. Yo seré imán de sus ecos.

*Vanse pasando por delante de Diana,
sin reparar en ella.*

Música. A festejar sale amor
sus dichosos prisioneros &c.

Diana. Qué finos van y qué graves!

Pol. Sabes qué parecen estos?

Diana. Qué? **Pol.** Priors y abadesas.

Diana. Y Carlos se va con ellos:
solo de él siento el desden;
pero de abrazarle á zelos
es esta buena ocasion:

Hámale tú. **Pol.** Ah, caballero.

Carl. Quién llama? **Pol.** Appropinquatio
ad parlandum.

Carl. Con quien? **Pol.** Mecum.

Carl. Pues para eso me llamas,
cuando ves que voy siguiendo

este acento enamorado?

Diana. Vos enamorado? bueno;
y de quién lo estais? **Carl.** Señora,
tambien yo aqui dama llevo.

Diana. Qué dama? **Carl.** Mi libertad,
que es á quien yo galanteo.

Diana. Cierto que me habia dado *ap.*
gran susto. **Pol.** Bueno va eso:
ya está mas allá de Illescas
para llegar á Toledo.

Diana. La libertad es la dama?
buen gusto teneis por cierto.

Carl. En siendo gusto, señora,
no importa que no sea bueno,
que la voluntad no tiene
razon para su desseo.

Diana. Pero ahí no hay voluntad.

Carl. Sí hay tal.

Diana. O yo no la entiendo,
ó no la hay, que no se pueda
dar voluntad sin sugeto.

Carl. El sugeto es el no amar,
y voluntad hay en esto,
pues si quiero no querer,
ya quiero lo que no quiero.

Diana. La negacion no da ser,
que solo el entendimiento
le da al ente de razon
un ser fingido y supuesto;
y asi es esa voluntad,
pues sin causa no hay efecto.

Carl. Vos, señora, no sabeis
lo que es querer; y así en esto
será lisonja decirlo,
que ignorais el argumento.

Diana. No ignoro tal, que el discurso
no ha menester los efectos
para conocer las causas,
pues sin la experiencia de ellos
las ve la filosofía;
pero yo ahora lo entiendo
con experiencia tambien.

Carl. Pues vos quereis? **Diana.** Lo dereo.

Pol. Cuidado, que va apuntado
la varita de los zelos;
mútate muy bien las manos
con aceite de desprecios,
no se te pegue la liga.

Diana. Si este tiene entendimiento, *ap.*
se ha de abrazar, ó no es hombre.

Pol. Eso fuera á no estar hecho
el defensivo y pegado.

Carl. De otros estoy suspenso.

Diana. Carlos, yo he reconocido,
que la opinion que yo llevo,
es ir contra la razon,

contra el útil de mi reino,
la quietud de mis vasallos,
la duración de mi imperio.
Viendo estos inconvenientes,
he puesto á mi pensamiento
tan forzados silogismos,
que le he vencido con ellos.
Determinada á casarme,
apenas cedió el ingenio
al poder de la verdad
su sofisticó argumento;
cuando vi, al abrir los ojos,
que la nube de aquel yerro
le habia quitado al alma
la luz del conocimiento.
El Príncipe de Bearne
mirado sin pasión... *Pol.* Zelos,
al aceite, que traen liga.

Diana. Es tan galán caballero,
que merece la atención
mia, que barto lo encarezco:
por su sangre no hay ninguno
de mayor merecimiento;
por su parte no le iguala
el mas galán, mas discreto.
Lo afable en los agasajos,
lo humilde en los rendimientos,
lo primoroso en finezas,
lo generoso en festejos,
nadie lo tiene como él.
Corrida estoy de que un yerro
me haya tenido tan ciega,
que no viese lo que veo.

Carl. Peñilla, aunque sea fingido,
vive Dios, que estoy musiendo.

Pol. Aceite, pese mi alma,
aunque te manches con ello.

Diana. Y a-i, Carlos, determino
casarme; mas antes quiero,
por ser tan discreto vos,
consultaros este intento.
No os parece el de Bearne,
que será el mas digno dueño
que dar pueda á mi corona?
que yo por el mas perfecto
le tengo de todos cuantos
me asisten: qué sentís de ello?
Parece que os demudais,
extrañais mi pensamiento?
Bien he logrado la herida,
que dá semblante lo sufiero:
solo el color ha perdido;
eso es lo que yo pretendo.
Pol. Ah señor. *Carl.* Estoy sin alma.
Pol. Saquílete el majadero,
que te se pega la liga.

Diana. No me respondeis? qué es eso?
pues de qué os habeis turbado?

Carl. Me he admirado por lo menos.

Diana. De qué? *Carl.* De que yo pensaba
que no pudo hacer el cielo
dos sujetos tan iguales,
que estén á medida y peso
de unas mismas cualidades
sin diferencia compuestos,
y lo estoy viendo en los dos,
pues pienso, que estamos hechos
tan debajo de una causa,
que yo soy retrato vuestro:
cuánto ha, señora, que vos
teneis ese pensamiento?

Diana. Dias ha que está trabada
esta batalla en mi pecho,
y desde ayer me he vencido.

Carl. Pues aqueso mismo tiempo
ha que estoy determinado
á querer, ello por ello:
y tambien mi ceguedad
me quitó el conocimiento
de la hermosura que adoro:
digo que adorar deseo,
que cierto que fo merece.

Diana. Sin duda logré mi intento: *ap.*
pues bien podeis declararos,
que yo nada os he encubierto.

Carl. Sí señora, y aun hacer
vanidad por el acierto;
Cintia es la dama.

Diana. Quién? Cintia?

Pol. Ah, buen hijo! como diestro,
herir por los mismos filos,
que esa es doctrina del negro.

Carl. No os parece que he tenido
buena elección en mi empleo?
porque ni más hermosa,
ni mejor entendimiento
jamás en muger he visto:
aquel garbo, aquel sosiego,
su agrado, no hace di-hosa
mi pasión? qué sentís de ello?
Parece que os he enojado.

Diana. Toda me he cubierto un yelo. *ap.*

Carl. No respondeis? *Diana.* Me ha dejado
suspensa el veros tan ciegos,
porque yo en Cintia no he hallado
alguno de esos extremos;
ni es agradable, ni hermosa,
ni discreta, y ese es yerro
de la pasión. *Carl.* Hay tal cosa?
hasta ahí nos parecemos.

Diana. Por qué? *Carl.* Porque á vos de Cintia
os os cubre el rostro bello:

y del de Bearne á mí
lo galan se me ha encubierto:
con que somos tan iguales
que decimos mal á un tiempo,
yo, de lo que vos quereis,
y vos, de lo que yo quiero.
Diana. Pues si es gusto, cada uno
siga el suyo. *Carl.* Malo es esto.

Pol. Encima viene la tuya,
no se te dé nada de eso.

Carl. Pues ya con vuestra licencia,
iré, señora, siguiendo
aquel eco enamorado,
que el disfrazaros mi intento
fue temor que ya he perdido,
sabiendo, que mi deseo,
en la ocasion y el motivo,
es tan parecido al vuestro.

Diana. Vais á verla? *Carl.* Sí señora.

Diana. Sin mí estoy! qué es esto, cielos!

Pol. Para largo, que la pierde.

Carl. A Dios, señora. *Dian.* Teneos,
aguardad!: por qué ha de ser
tan ciego un hombre discreto,
que ha de oponer un sentido
á todo un entendimiento?
Qué tiene Cintia de hermosa?
qué discurso? qué conceptos
os la han fingido discreta?
qué garbo tiene? qué aseó?

Pol. Cinco, seis y encaje; cuenta,
señor, que la va perdiendo
hasta el codo. *Carl.* Qué decís?

Diana. Que ha sido mal gusto el vuestro.

Carl. Malo, señora? allí va
Cintia, mirada de lejos,
y vereis cuantas razones
da su hermosura á mi acierto.
Mirad en lazos prendido
aquel hermoso cabello,
y si es justo, que en él sea
yo el rendido y él el preso.
Mirad en su frente hermosa
como junta el rostro bello,
debiendo luz á sus ojos
sol, luna, estrella y cielo.
Y en sus dos soles, mirad
si es digno y dichoso el yerro,
que hace esclavos á los míos,
aunque ellos sean los negros.
Mirad el sangriento labio,
que fino coral vertiendo,
parece que se ha teñido
en la herida que me ha hecho.
Aquel cuello de cristal,
que por ser de garza el cuello,

al cielo de su hermosura
osa llegar con el vuelo.
Aquel talle tan delgado,
que yo pintarle no puedo,
porque es él mas delicado
que todos mis pensamientos.
Yo he estado ciego, señora,

pues solo ahora te veo,
y del pesar de mi engaño
me paso á loco de ciego,
pues no he reparado aquí
en tan grande desacierto,
como alabar su hermosura
delante de vos; mas de esto
perdon os pido y licencia
de ir á pedírsela luego
por esposa á vuestro padre,
ganando tambien un tiempo
del Príncipe de Bearne
las albricias de ser vuestro.

Vase.

Diana. Qué es esto, dureza mía?
un volcan tengo en mi pecho:
qué llama es esta, que el alma
me abraza? yo estoy ardiendo.

Pol. Alto, ya cayó la breva,
y dió en la boca por yerro.

Diana. Caniqué? *Pol.* Señora mia,
(hay tan grande atrevimiento!)
por qué con él no embestiste,
y arrancaste á este necio
todas las barbas á araños?

Diana. Yo pierdo el entendimiento.

Pol. Pues pierde tambien las uñas.

Diana. Caniqué, este es un incendio.

Pol. Eso no es sino bramante.

Diana. Yo arrastrada de un soberbio?
yo rendida de un desvío?

yo sin mí? *Pol.* Señora, quedo,
que eso parece querer.

Diana. Qué es querer?

Pol. Serán torreznos.

Diana. Qué decís? *Pol.* Digo de amor.

Diana. Cómo amor?

Pol. No sino huevos.

Diana. Yo amor?

Pol. Pues qué sientes tú?

Diana. Una rabia y un tormento:
no sé qué mal es aqueste.

Pol. Venga el pulso y lo veremos.

Diana. Déjame, no me enfurezcas,
que es tanto el furor que siento,
que aun á mí no me perdono.

Pol. Ay señora! vive el cielo,
que se te ponen azules
las venas, y es mal agüero.

Diana. Pues de aquesto qué se infiere?

Pol. Que es pujamiento de zelos.

Diana. Qué decís, loco, villano, atrevido, sin respeto? zelos yo? qué es lo que dices? vete de aquí, vete luego.

Pol. Señora....

Diana. Vete, atrevido, ó haré que te arrojen luego de una ventana. *Pol.* Agua va: *ap.* voime, señora, al momento, que no soy para vaciado: madre de Dios, cual la dejo! Voime, que donde hay puñal, el Caniquí tiene riesgo. *Vase.*

Diana. Fuego en mi corazon? no, no lo creo: siendo de marmol, en mi pecho helado pudo encenderse? no, miente el cuidado: pero cómo lo digo, si lo veo? Yo deseo vencer por mi trofeo un desden; pero si es quien me ha abrazado fuego de amor, que mucho me haya entrado donde abrieron las puertas al deseo? De este peligro no advertí el indicio, pues para echar el fuego en otra casa, le encendí, y en la mia hizo su officio. No admire, pues, mi pecho lo que pasa, que quien quere encender un edificio, suele ser el primero que se abrasa.

Sale el Duque de Bearne.

Bearn. Gran victoria he conseguido, si mi dicha es cierta ya; mas aquí Diana está: á vuestras plantas rendido, señora, perdon os pido de venir tan arrojado con la nueva que me han dado, que yo pienso, que aun es poco, siendo vuestro, el venir loco de un favor no imaginado.

Diana. No os entiendo, habláis conmigo? qué favor decís?

Bearn. Señora, el de Urgel me ha dicho ahora, que de ello ha sido testigo, de que yo el laurel consigo de ser vuestro. *Diana.* Necio fue, si os dijo lo que no sé, y vos si lo habeis creído.

Bearn. Ya lo dudó mi sentido; mas quien lo creyó es mi fe, que como milagro fuera de vos el tener piedad, os negara el ser deidad, si mi amor no lo creyera. En el pecho que os venera, haber mas fe, es mas trofeo;

y pues fe ha sido el deseo de imaginaros deidad: perdonad mi necedad.

por la fe con que lo creo. *Diana.* Pues no es mas atrevimiento creeros digno de mi amor?

Bearn. No, que vos con el favor podeis dar merecimiento, y en esto mi pensamiento, antes que en mí el merecer, creyó de vos el poder.

Diana. Y él os ha dicho ese error?

Bearn. Si señora.

Diana. Eso es peor, *ap.*

que lo que acaba de hacer: porque supone estar yo despreciada y él amante, pues al Príncipe al instante el aviso le llevó, que él nunca lo hiciera, no, si á mí me quisiera bien: amor, la furia deten, pues ya mi pecho has postrado, que en él este hombre ha labrado el desden con el desden.

Bearn. Señora, yo el modo erré de aceptar vuestro favor, y lo que fuera mejor, enmendado el yerro, iré á vuestro padre, y diré la gracia que os he debido, y rogaré agradecido, que interceda en mi pasion por mi dicha, y el perdon de haber audado atrevido. *Vase.*

Diana. Qué es esto que me sucede? yo me quemo, yo me abraso: mas si es venganza de amor, por qué su rigor extraño? Esto es amor, porque el alma me lleva el desden de Carlos. Aquel yelo me ha encendido, que amor, su deidad mostrando, por castigar mi dureza, ha vuelto la nieve en rayos. Pues qué he de hacer (ay de mí!) para enmendar este daño, que en vano el pecho resiste? el remedio es confesarlo.

Qué digo? yo publicar mi delito con mi labio? yo decir, que quiero bien? Mas Cintia viene, el recato de mi decoro me valga, que tanto tormento paso en el ardor que padezco,

como en haber de callarlo.

Salen Cintia y Laura.

Cint. Laura, no creo mi dicha.

Laura. Pues la tienes en la mano, lógjala, aunque no la creas.

Cint. Diana, el justo agasajo, que por ser tu sangre yo, te he debido, ahora aguardo, que sea con tu favor el que requiere mi estado: Carlos, señora, me pide por esposa, y en él gano un logro para el deseo, para mi nobleza un lauro. Enamorado de mí, pide, señora, mi mano, solo tu favor me falta para la dicha que aguardo.

Diana. Esto es justicia de amor: uno tras otro el agravio! ya no me doy por vencida?

qué mas quieres, Dios tirano?

Cint. No me respondes, señora?

Diana. Estaba, Cintia, mirando de qué modo es la fortuna en sus inciertos acasos. Anhela un pecho infeliz con dudas y sobresaltos, diligencias y deseos, por un bien imaginado: solo porque le desea, huye de él, y es tan ingrato, que de otro, que no le busca, se va á poner en la mano.

Yo de su desden herida, procuré rendir á Carlos, obliguéle con favores, hice finezas en vano.

Siempre en él hallé desvío, y sin buscarle te halago, lo que huyó de mi deseo, se va á rendir á tus brazos. Yo estoy ciega de ofendida, y el favor que me has rogado, que te dé, te pido yo para vengar ese agravio. Llore Carlos tu desprecio, sienta su pecho tirano la llama de tu desvío, pues yo en la suya me abraso. Véngame de su soberbia, hállate su amor de marmol: pene, suspire y padezca en tu desden, y llorando, sufra.... *Cint.* Señora, qué dices? Si él conmigo no es ingrato,

por qué he de dar yo castigo á quien me hace un agasajo? Por qué me has de persuadir lo que tú estás condenando? Si en él su desden no es bueno, tambien en mí será malo: yo le quiero, si él me quiere.

Diana. Qué es quererle? tú de Carlos amada y yo despreciada?

Tú con él casarte, cuando del pecho se está saliendo el corazon á pedazos?

Tú logrando sus cariños, cuando su desden helado, trocados erecto y causa, abrasa mi pecho á rayos? Primero, viven los cielos, fueran las vidas de entrambos asunto de mi venganza, aunque con mis propias manos sacara á Carlos del pecho, donde á mi pesar ha entrado, y para morir con él, matara en mí su retrato.

Carlos casarse contigo, cuando yo por él me abraso, cuando adoro su desvío, y su desden idolatro?

Pero qué digo (ay de mí!)

yo así mi decoro ultrajo?

Miente mi labio atrevido, miente; mas él no es culpado, que si está loco mi pecho, cómo ha de estar cuerdo el labio?

Mas yo me rindo al dolor, para hacer de uno dos daños?

Muera el corazon y el pecho, y viva de mi recato

la entereza: Cintia amiga, si á ti te pretende Carlos, si da amor á un desuido, lo que niega á mi cuidado, cástate con él, y logra casto amor en dulces lazos.

Yo solo quise vencerle, y este fue un empeño vano de mi altivez, que ya veo que fue locura intentarlo, siendo accion de la fortuna: pues como se ve en sus casos, siempre consigue el dichoso lo que intenta el desdichado. El ser querida una dama de quien desea, no es lauro, sino dicha de su estrella; y cuando yo no la alcanzo,

no se infiere, que no tengo
en mi hermosura y mi aplauso
partes para merecerlo,
sino suerte para hallarlo.

Y pues yo no la he tenido
para lo que he deseado,
lógjala tú que la tienes,
dale de esposa la mano,
y triunfe tu corazón

de sus rendidos halagos.
Entace... pero qué digo?
que me estoy atravesando

el corazón, no es posible
resistir á lo que paso.

Toda el alma se me abraza:
para qué, cielos, lo callo,
si por los ojos se asoma
el incendio que disfrazo?

Yo no puedo resistirlo,
pues cuando lo mienta el labio,
cómo ha de encubrir el fuego,
que el humo está publicando?

Cintia, yo muero, el delito
de mi desden me ha llevado
á este mortal precipicio
por la senda de mi engaño.

El amor, como deidad,
mi altivez ha castigado,
que es niño para las burlas,
y Dios para los agravios.

Yo quiero, en fin, ya lo dije,
y á ti te lo he conferado,
á pesar de mi decoro,
porque tienes en tu mano
el triunfo que yo deseo:
mira si habiendo pasado
por la afrenta del decirlo,
te estará bien el dejarlo.

Laura. ¡Jesus! el cuento del loco
él por él está pasando.

Cint. Qué dices, Laura? qué dices?

Laura. Viendo prohibido el plato,
Diana se hartó de amor,
y del desden ha sanado.

Cint. Ay Laura! pues qué he de hacer?

Laura. Qué, señora? asegurarlo;
y al de Bearne, que es fijo,
no soltarle de la mano
hasta ver en lo que para.

Cint. Calla, que aquí viene Carlos.

Salen Polilla y Carlos.

Pol. Las unciones del desprecio,
señor, la vida la han dado:
gran cura hemos hecho en ella!

Carl. Si es cierto, gran triunfo alcanzo.

Pol. Hez curata, que ya está sana,

porque quedá babeando.

Carl. Y has conolido que quiere?

Pol. Cómo querer? por San Pablo,
que me vine huyendo de ella,
porque la vi querer tanto,
que temí que echase el resto,
y me destruyese. *Cint.* Carlos?

Carl. Cintia hermosa?

Cint. Vuestra dicha

ap. logra ya triunfo mas alto,
que el que en mi mano pretendes:
vuestro descuido ha triunfado
del desden, que no ha vencido
en Diana el agasajo
de los Príncipes amantes:
ella os quiere, y yo me aparto
de mi esperanza por ella
y por vos, si es vuestro el lauro.

Carl. Qué es lo que decís, señora?

Cint. Que ella me lo ha confesado. *Vase.*

Pol. Toma si purga: señor,
no hay en la botiga emplastro
para las mugeres locas,
como un parche de mal trato;
mas aquí su padre viene,
y los Príncipes: al caso,
señor, y aunque esté rendida,
declárate con resguardo.

*Salen el Conde de Barcelona, y los
Príncipes.*

Cond. Príncipe. vos me dáis tan buena nueva,
que es justo que os lo acepte; y aunque os
lo que á vuestra persona, (deba
pago en duros mi hija y mi corona.

Gast. Pues aunque yo, señor, no haya tenido
la dicha que Bearne ha conseguido,
siempre estaré contento
de que él haya logrado el vencimiento,
que tanto he deseado,

por la parte que debe á mi cuidado,
y el parabien te doy de este trofeo.

Carl. Y tambien le admitid de mi deseo.

Bearn. Carlos, yo le recibo,

y el mío os apercibo,
pues en Cintia lograis tan digno dueño;
que envidiara el empeño
á no lograr el mío.

Al paño Dian. Donde me lleva el loco desvarfo
de mi pasión? Yo estoy muriendo, cielos,
de envidias y de zelos;
mas los Príncipes todos se han juntado
y mi padre con ellos;
sin alma llevo á vellos;
pues si su fin no alcanza,
yo tengo de morir con mi esperanza.

Cond. Carlos, pues vos pedís á mi seña

yo , pagando el deseo que os inclina,
os ofrezco su mano;
y pues tanto sosiego en esto gano,
háganse juntas todas

las bodas de Diana , y vuestras bodas.

Dian. Cielos, yo estoy mi muerte imaginando.

Pol. Señor , Diana allí te está escuchando,
y has menester un modo muy discreto
de declararte , porque tenga efecto,
que va con condiciones el partido,
y si yerras el cabe , vas perdido.

Carl. Yo , señor , á Barcelona
vine mas , que á pretender,
á festejar de Diana
la hermosura y el desden;
y aunque es verdad , que de Cintia
el hermoso rosicler
amanació en mi deseo
á la luz del querer bien:
la entereza de Diana,
que tan de mi genio fue,
ha ganado en mi albedrío
tanto imperio , que no haré
cosa , que no sea su gusto,
porque la hermosa altivez
de su desden , me ha obligado
á que yo viva por él:
y puesto que haya pedido
mi amor á Cintia , ha de ser
siendo así su voluntad,
pues la mia suya es.

Cond. Pues quién duda , que Diana

de eso muy contenta esté ?

Pol. Eso lo dirá su alteza
por hacerme á mí merced.

Sale Diana.

Diana. Sí dirá; pero , señor,
vos contento no estareis,
si yo me caso , que sea
con cualquiera de los tres ?

Cond. Sí , que todos son iguales.

Diana. Y vosotros quedareis
de mi eleccion ofendidos ?

Bearn. Tu gusto , señora , es ley.

Gast. Y todos la obedecemos.

Diana. Pues el Príncipe ha de ser
quien dé á mi prima la mano,
y quien á mí me la dé,
el que vencer ha sabido
el Desden con el Desden.

Carl. Y quién es ese ? *Diana.* Tú solo.

Carl. Dame ya los brazos , pues.

Pol. Y mi bendicion os caiga
por siempre jamas , amen.

Bearn. Pues esta , Cintia , es mi mano.

Cint. Contenta quedo tambien.

Laura. Pues tú , Caniquí , eres mio.

Pol. Sacúdanse todos bien,
que no soy sino Polilla:
manóla vuesa merced:
y con esto , y con un vitor,
que pide humilde y cortés
el ingenio , aqui se acaba
el Desden con el Desden.

F I N.

VALENCIA : IMPRENTA DE ILDEFONSO MOMPIÉ. AÑO 1825.

Se hallará en su misma librería , calle nueva de San Fernando , núm. 64 , junto al Mercado. Igualmente un gran surtido de retacería , estampas pintadas y negras , comedias , sainetes y unipersonales.